LE COSE

Illustrazione di Stefania Chieffi

LE COSE

Jorge-Luis Borges
Traduzione di Francesco Tentori Montalto

Le monete, il bastone, il portachiavi,
la pronta serratura, i tardi appunti
che non potranno leggere i miei scarsi
giorni, le carte da gioco e la scacchiera,
un libro e tra le pagine appassita
la viola, monumento d'una sera
di certo inobliabile e obliata,
il rosso specchio a occidente in cui arde
illusoria un'aurora. Quante cose,
atlanti, lime, soglie, coppe, chiodi,
ci servono come taciti schiavi,
senza sguardo, stranamente segrete!
Dureranno piú in là del nostro oblio;
non sapran mai che ce ne siamo andati.

IL MANGIALIBRI

Gabriele Albarosa

Mi rapì
trascinandomi ai sottili,
silenziosi confini della realtà
dove pensieri altrui, indifferenti
ai tempi, ai modi, alle destinazioni,
bussavano
alle porte dei miei, ospiti inattesi
pronti ad accomodarsi o sparire,
a seconda del benvenuto, per sempre.
Lì, nel martirio
della fantasia costretta all'invarianza,
si giocavano i destini dell'umanità,
la guerra all'entropia, ed io
da buon soldato, senza indugio,
pagina per pagina,
lo divorai.

BIBLIOFILIA

Fernando Arrabal

Alfonso X ¿fue el primer bibliófilo de la historia ? Alfondo X 'el Sabio' nació en Toledo el 23 de noviembre de 1221 y se ocultó en Sevilla el 4 de abril de 1284. Fue rey de Castilla y de León a la muerte de su padre, Fernando III 'el Santo'. Los cosmonautas de 1935 nombraron en su honor al cráter lunar 'Alphonsus'. Fue sobre todo un superdotado inventor de clichés. De la extensa obra bibliofílica alfonsí destacan: las Siete Partidas, las Cántigas de Santa María, el Lapidario, el Libro de juegos etc etc:

– El rey … las emienda et yegua e endereça e muestra la manera de cómo se deven fazer… dezimos por esta razón que el rey faze el libro. d

La locución latina 'exlibris' o 'ex libris' ('de entre los libros') es una marca de propiedad. Normalmente consiste en un grabado estampa, rótulo o etiqueta que suele colocarse en el reverso de la tapa o cubierta de un libro con el nombre del dueño del ejemplar. Por lo general el exlibris exhibía también alguna imagen en las inscripciones manuscritas que escribía en la Edad Media, por ejemplo, el bibliotecario del convento. Jean Grolier de Servières las mandaba hacer lujosamentepara para proteger sus libros. Encargaba principalmente al taller de Jean Picard estas encuadernaciones (en parte de oro) que constituían la 'reliure Grolier'. Su marca de propietario era: 'Io. Grolieri et Amicorum' y/o su divisa 'Portio mea domine sit in terra viventium'. Cuando cesaba de inventar retrocedía.

En cuanto a la elaboración de los exlibris, las técnicas empleadas han ido evolucionando y son muy variadas. Quien siembra la bibliofilia recoge deslumbramientos. Los símbolos de las técnicas empleadas en la impresión de exlibris se indican internacionalmente mediante una serie de abreviaturas aprobadas en el XXIX Congreso dela Federación Internacional celebrado en 2002 en Frederikshavn, Dinamarca.
La 'Beinecke Rare Book and Manuscript Library' de La Universidad de Yale posee ¿la mayor? colección de libros raros y manuscritos que se conoce. Imperceptiblemente la Babel de hoy se refiere al cafarnaúm de siempre. Con 800 000 volúmenes, documentos y manuscritos de autores y de artistas mayores, incluso una Biblia de Gutemberg , el manuscrito de Voynich o el mapa de Vindland. El manuscrito de Voynich es un libro ilustrado, escrito por un autor anónimo en un alfabeto no identificado que parece proclamar: la disciplina es tóxica… Y un idioma incomprensible, el denominado voynichés. Aunque no se sabe cuándo fue escrito, según pruebas del carbono 14, el pergamino en el cual está escrito fue fabricado entre 1404 y 1438. El mapa de Vindlandia es un mapamundi ¿del siglo XV, copiado de un original del siglo XIII? Su importancia estribaría en que, además de mostrar África, Asia y Europa, el mapa representa una masa de tierra en el Atlántico llamada Vindlandia, y dice que fue visitada en el siglo XI por descubridores (para los cuales toda ley era cargante).
No creo que deba llamarse a 'un libro raro' y aún menos a un 'libro de arte': libro de bibliofilía.

Hoy el libro de bibliofilia tiene siempre el mínimo de ejemplares posible. Cuando nada lo resuelve todo. 'La bicicleta 'patafísica' solo tiene uno. En Francia el mínimo es de tres : uno para el autor del texto, un segundo para el autor de la imagen o ilustración y un tercero que se destina automáticamente a la Biblioteca Nacional de París . Normalmente cada libro tiene menos de cien ejemplares. Obviamente todos y cada uno de los ejemplares deben ser numerados y firmados por los autores.
En el siglo XX hubo muchos editores únicamente de libros de bibliofilia, algunos llegaron a ser más célebres que los mismos autores . Uno me dijo: 'la bibliofilia y cualquier palabra que se le añada: una historia de amor'. El pintor Tapies un día me reveló que sus libros de bibliofilia, desgraciadamente no podían editarlos en España.

-En España no tenemos este tipo de editor lunático
Precisamente en España este tipo de chiflado y majareta existe. ¡Y de qué manera! Hoy Juan Carlos Valera es el mejor-editor-delmundo. Sin lugar a duda. No vaya nadie a comprarle uno de sus libros, uno de sus tesoros. Nunca ha vendido ni tratado de vender una de sus alhajas Y por tanto los ha hecho con las figuras más conocidas de hoy, de Oskar Niemeyer a Louise Bourgeois. Suscita la envidia de los coleccionistas. Me encanta que la-primera-exposición-de-libros-de-bibliofilia se haga en su 'pueblo', Cuenca: que por cierto es la ciudad más bonita de España incluso mejor que Melilla o Ciudad Rodrigo. Con sus precipicios maravillosos y diabólicos. Con su 'ciudad encantada' realizada en pleno tohu-bohu cuando ningún humano pudo intervenir para mejorarla o interconectarla. Una ciudad esencial que desgraciadamente se encuentra a 164 kilómetros del aeropuerto de Madrid, y lo que es infinitamente peor, a 200 y pico de kilómetros del Mediterráneo. Donde ni Buda presiente a un nuevo dios.

Entre mis más de mil libros de bibliofilía los hay con René Magritte, Salvador Dalí, Roland Topor , Enrico Baj, Pablo Picasso, Gustave Charif, Alex Fassianos entre otros; entre los que destacan la 'Bicyclette 'pataphysique' (de más 3 metros de altura); 'Disciplina de amor' integrado por `La regla` de Catherine Millet, `Cien versos para Cuenca` de Michel Houellebecq y mi `Réquiem por la muerte de Dios'; 'En olor de santidad ' el mejor libro (antes de su conversión) de Antonio Saura; sin olvidar 'Clítoris', poema con 56 traducciones y 56 libros (como la versión checa de Milán Kundera). Con Yu Minjun, Wang Guangyi'i, Zhang Xiaogang, Yang Shaobin y Wang Quingsong; para cada uno he realizado 130 libros de bibliophilie de 59 kg, 124 × 86 × 11 cm; con 20 poemas de 20 versos para cada libro … Son mis menos malos escritos, los más secretos.

El 24 de noviembre de 1986 llegué a la Universidad de Yale para dar una conferencia. Y en cuanto aterricé lo primero que hice fue correr literalmente para ver su joya: la « Beinecke Rare Book and Manuscript Library'. El rector del departamento de teatro D. Bronstein, el dramaturgo G.Katz y Max Ferrá director del teatro Intar de Nueva York me propusieron:

-Como es usted tan especial ¿sería capaz de escribirnos un entremés de teatro esta noche?.
-Es cierto que soy tan especial que no consigo parecerme… Pero ¿solo un entremés?; les compondré una obra y además con tres canciones en español que todo el mundo creo que conoce en Yale.

– ¿Cúales son?

-Granada, amado mío y la cucaracha.
Aquella noche… « en mi vida me vida en tal aprieto », como dice el autor de un soneto pedido por Violante.

Felizmente fue una noche protegida por la deslumbrante ineficacia de las estrellas. Por pura chiripa el 25 de noviembre de 1986 pude leer mi engendro a la hora del breakfast . Me tomé la licencia de que la obra se desarrollara en el futuro: el 24 de noviembre de 1999. Todo sucedía y sucede en la propia Universidad de Yale, pues se me hace el honor inmerecido de representarla a menudo; con cinco personajes: dos humanos y tres animales para mayor emoción : el caballo 'Valeroso', la cucaracha 'enamorada' y la granada 'pepitas'
Y es que en la bibliofilia se han refugiado los textos más escalofriantes eruditos agudos e insólitos . Es, sí, el feliz encuentro entre lo escrito y la estampa.

sud

periodico di cultura arte e letteratura
nuova serie n. 22 - novembre 2022
registrato presso il Tribunale di Napoli
al n. 46 del 07.05.2003

progetto grafico
Marco De Luca
www.dlassociatesdesign.com

impaginazione
Stefania Chieffi

indirizzi redazioni:
- via Generale Parisi, 16
80132 Napoli
- Parigi c/o Librairie Tour de Babel
10 rue du Roi de Sicile, 75004 Paris

presidente onorario
Giuseppe Catenacci
direttore responsabile
Eleonora Puntillo
direttore artistico
Francesco Forlani

redazione Napoli
Luca Anzani
Martina Mazzacurati
Felice Piemontese
Domenico Pinto
Paolo Trama

redazione Parigi
Andrea Inglese
Lakis Proguidis
Philippe Schlienger

redazione Trento
Silvia Bertolotti
Walter Nardon

Massimo Rizzante
Stefano Zangrando

redazione Londra
Marco De Luca
Mario Bernardi
Gabriele Albarosa

redazione Roma
Renata Prunas
Tiziana Gazzini

impianti e stampa
La buona stampa, Caserta (CE)

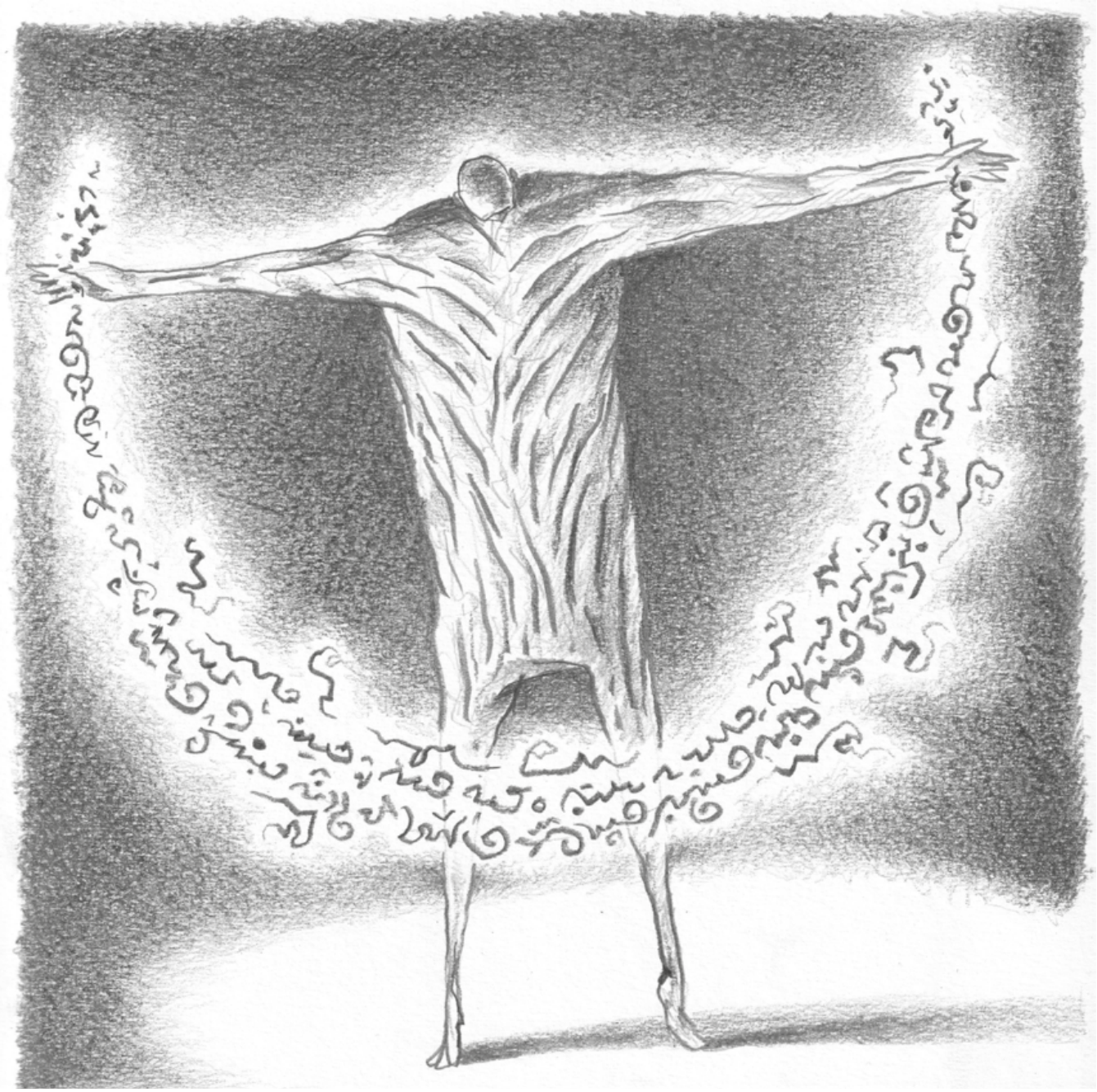
Questo numero è stato realizzato grazie al contributo dell'Associazione Nazionale ex Allievi della Scuola Militare Nunziatella di Napoli, Sezione Estero

sud

RIVISTA EUROPEA
REVUE EUROPÈENNE
EUROPEAN REVIEW
EUROPÄISCHE ZEITSCHRIFT
REVISTA EUROPEA

22.

BIBLIOPOLIS



periodico di cultura
arte e letteratura

Francesco D'Amato editore

Foto di Salvatore Di Vilio

AUTO DA FÉE EDITORIALE A QUATTRO MANI E PIÙ

Francesco Forlani
e Giuseppe Catenacci

Autodafé. In senso letterale, dal portoghese *auto da fé*, «atto della fede». Nella Treccani se ne dà questa definizione: – In *Spagna e nei suoi dominî (dalla fine del sec. 15° agli inizî del sec. 19°, soprattutto durante il sec. 16°), proclamazione solenne della sentenza dell'inquisitore, cui seguiva l'abiura o la condanna degli eretici. Anche, il supplizio degli eretici sul rogo e le cerimonie che lo accompagnavano*.

Il termine in realtà, per uno strano gioco del destino, è passato a significare rogo di libri eretici o proibiti dai regimi. Celebre quello voluto da Hitler, celebrato da Goebbels, i *Bücherverbrennungen* il 10 maggio del 1933 a Berlino, non a caso ripreso nei romanzi di fantascienza, distopici, come nel celebre *Fahrenheit 451* di Bradbury. Nel romanzo portato nelle sale cinematografiche da Truffaut sono i pompieri a scovare le biblioteche nascoste per bruciarne con lanciafiamme i preziosi volumi. A salvarli, sempre nel romanzo, saranno uomini, donne e bambini incaricati di tenerli in mente, impararli a memoria per poi trasmetterli in punto di morte ad altri. Uomini e libri, dunque, come un'unica e sola natura, quasi restituendo alla parola *autodafé* il senso originario di sacrificio dei corpi.

Il fatto poi che la trasmissione radiofonica italiana più importante dedicata ai libri porti quello stesso titolo, *Fahrenheit*, ci fa capire bene quanto sia forte l'amore per i libri e insieme la paura che quel capitale possa andare perduto. Quando abbiamo chiesto ai nostri ventennali collaboratori di partecipare a questo numero abbiamo suggerito come pista il testo che troverete qui accanto di Walter Benjamin sull'arte di spacchettare i libri. Chiunque abbia infatti provato la titanica impresa di traslocare sa bene cosa questo comporti. Per chi come noi abbia assistito al trasloco della biblioteca di Giuseppe Catenacci dal vecchio domicilio al nuovo, delle migliaia di volumi organizzati per tema o affetti – da una parte cospicua tutti quelli dedicati alla storia di Napoli, e della Nunziatella e su un lato le centinaia di copie autografate dagli autori nel corso di molti decenni, peraltro significativi come nel caso dell'incontro con Raffaele La Capria di cui leggerete nell'omaggio che gli abbiamo dedicato. È di Renata Prunas in *ouverture* la nota per uno dei maggiori scrittori italiani del Novecento e fondatore con Pasquale Prunas, Francesco Rosi, Carla de Riso, Luigi Compagnone, Gianni Scognamiglio, Mario Stefanile, tra gli altri, della storica testata di cui con questa nuova e ventennale serie abbiamo tentato, sperando di esserci riusciti almeno un po', di raccogliere il testimone.

Un numero, il 22 dedicato alla *Bibliopolis*, la città dei libri in cui probabilmente tutti noi vorremmo abitare. Per ovviare a questa impossibilità, per molti di noi almeno una speranza ci è data ed è di poter telefonare a Peppino, a qualsiasi ora del giorno o della notte, per chiedere lumi, soprattutto nello studio notturno, su un passaggio chiave delle nostre ricerche. La vita del San Francesco de Geronimo per un'opera teatrale su Giulia De Caro? Una Villanella del '500 creduta perduta? Un saggio di Benedetto Croce sul Teatro spagnoleggiante di Napoli? Un'illustrazione della macchina del suono inventata da Athanasius Kircher? Dall'altra parte del telefono senti la memoria viva mettersi in movimento, il motore di ricerca accendersi, chiedere due tre precisazioni e in un battibaleno trovare l'opera incriminata e spesso non solo in grado di risolvere il "caso", quasi aiutato dagli elfi e fate che reggono l'impalcatura della biblioteca, la sospendono perché il peso sui solai sia più leggero. Da qui il titolo dell'editoriale, *auto da fée* che in francese significa fatine.

Giancarlo Covino, illustratore sopraffino ci ricorda che l'inverno che viene potrebbe causare non pochi disagi a causa della crisi energetica che stiamo attraversando. In letteratura esistono molti personaggi, generalmente detective un po' anarchici, come il Fabio Montale del marsigliese Jean-Claude Izzo o lo spagnolo Pepe Carvalho sgorgato dalla fervida immaginazione di Manuel Vasquez Montalban che coltivano lo strano vezzo di bruciare libri. Perché leggere ci fa essere infelici? Non sempre, magari solo perché, come nel caso del Montale si offende l'arte della tavola.

Senza voltarsi [...] emise un grugnito, afferrò un gruppo di pagine del libro che aveva sulle ginocchia, le strappò e le gettò sul fuoco [...] Il volume in questione è la nuova edizione, la terza per essere esatti, del Nuovo dizionario internazionale Webster, riveduto e corretto, pubblicato dalla G.&C. Merriam Company di Springfield. Il signor W. lo considera un libro sovversivo perché minaccia l'integrità della lingua inglese. La settimana scorsa, non ha fatto altro che portarmi esempi dei crimini filologici che ha trovato in quel dizionario [...] Gettò altre pagine sul fuoco [...] Sta bruciando un dizionario [...] Proprio così. E questo è niente! Una volta, ha bruciato un libro di cucina solo perché consigliava di togliere la cotenna dal prosciutto, prima di metterlo in pentola coi fagioli.

In un articolo molto interessante di Gianluca Campagna dedicato all'*autodafé*, leggiamo che nel *Nome della Rosa* di Umberto Eco sarà "Jorge de Burgos, cioè Josè Luis Borges, che darà fuoco alla labirintica biblioteca del monastero per impedire che venga ritrovata l'ultima copia della Poetica aristotelica."

Borges, sì proprio lui, colui che più di ogni altro amava le biblioteche e di cui abbiamo ripreso la poesia che vi accompagnerà in questo labirinto, torre, abitato da libri e bibliotecari fantastici o reali, il più delle volte entrambe le cose come nella storia raccontata da Tiziana Gazzini.

"DISFO LA MIA BIBLIOTECA"

Walter Benjamin
Traduzione di Cristina Guarnieri

Disfo la mia biblioteca. Sì. Ancora non sta, dunque, sugli scaffali, ancora non l'annusa tutt'intorno la leggera noia dell'ordine. Non posso neppure camminare lungo le sue file, per passarle in rassegna in presenza di gentili ascoltatori. Non dovete temere nulla di tutto ciò.
Devo pregarvi di trasferirvi con me nel disordine delle casse forzate, nell'aria ricolma di polvere di legno, sul pavimento ricoperto di carte strappate, sotto la catasta di volumi ricondotti alla luce del giorno dopo due anni precisi di oscurità, per condividere sin dal principio un po' dell'umore nient'affatto elegiaco, quanto piuttosto teso, che essi destano in un vero collezionista. Tale è infatti chi vi parla e, in generale, parla soltanto di sé. Non sarebbe presuntuoso enumerarvi ora, vantandosi di un'apparente oggettività e obiettività, i pezzi principali o le sezioni più importanti di una biblioteca, oppure raccontarvi la storia della sua nascita o persino la sua utilità per lo scrittore?

*

Una volta che vi sarete avvicinati alle casse per estrarne i libri e portarli alla luce del giorno – o, piuttosto, della notte – quali ricordi vi affolleranno la mente! Nulla potrebbe rendere più chiara la fascinazione di questo disfare quanto la difficoltà di interromperlo. Avevo cominciato a mezzogiorno ed era mezzanotte prima che mi fossi messo a svuotare le ultime casse. Fu in quel momento, alla fine, che mi capitarono fra le mani due volumi scoloriti, rilegati in cartone, che a stretto rigore non avrebbero dovuto trovarsi in una cassa di libri: due album di figurine che mia madre da piccola ha incollato e che io ho ereditato. Sono i semi di una collezione di libri per l'infanzia che ancor oggi cresce costantemente, benché non più nel mio giardino. Non esiste biblioteca vivente che non ospiti presso di sè un certo numero di
creature libresche provenienti da territori di confine. Non hanno bisogno di essere album con figurine o libri di famiglia, né autografi o legature con pandette o testi edificanti all'interno; alcuni saranno legati a volantini e a prospetti, altri a facsimili di manoscritti o a copie dattiloscritte di libri introvabili, e più che mai sono le riviste a poter formare i bordi prismatici di una biblioteca. Ma per ritornare a quegli album, è proprio un'eredità il modo più fondato per giungere a una collezione. Difatti il comportamento del collezionista rispetto ai propri fondi scaturisce dal sentimento di obbligazione del possidente nei confronti del suo possesso. Esso è quindi, nel senso più elevato, il comportamento dell'erede. Il titolo più nobile di una collezione sarà perciò sempre rappresentato dalla sua ereditabilità. Quando dico ciò, mi rendo perfettamente conto - dovete saperlo - di quanto una tale evoluzione del mondo di rappresentazioni contenuto nel collezionismo rafforzerà in molti di voi la convinzione dell'inattualità di questa passione, la diffidenza nei riguardi della figura del collezionista. Nulla mi è più distante dallo scuotervi sia da quella concezione che da questa diffidenza.
Vi sarebbe soltanto una cosa da notare: il fenomeno del collezionismo, perdendo il suo soggetto, perde anche il suo senso. Solo quando le collezioni pubbliche riescono a essere più decorose sotto il profilo sociale e più utili sotto quello scientifico - rispetto a quelle private - gli oggetti guadagnano i loro diritti. D'altronde so che per la figura di cui qui sto parlando, che io, un poco ex officio, ho rappresentato dinanzi a voi, cala la notte. Ma come dice Hegel: soltanto con l'oscurità la nottola di Minerva comincia il suo volo. Soltanto con la sua estinzione il collezionista viene compreso.
Ora, prima dell'ultima cassa mezza vuota, la mezzanotte è già da tempo passata. Pensieri diversi da quelli di cui ho parlato mi riempiono la testa. Non pensieri; immagini, ricordi.
Ricordi delle città in cui ho trovato così tante cose: Riga, Napoli, Monaco, Danzica, Mosca, Firenze, Basilea, Parigi; ricordi degli sfarzosi spazi di Rosenthal a Monaco, dello Stockturm di Danzica, dove alloggiava il defunto Hans Rhaue, dell'ammuffita cantina di libri di
Sussengut, a Berlino Neukolln; ricordi delle stanze in cui questi libri sono stati: la mia camera da studente a Monaco, la mia stanza a Berna; ricordi della solitudine di Iseltwald sul lago di Brienz e infine della mia camera da ragazzo, da cui provengono soltanto quattro o cinque delle diverse migliaia di libri che iniziano a torreggiare intorno a me. Felicità del collezionista, felicità dell'uomo privato! Dietro a nessuno si è cercato meno e nessuno in questa situazione si è trovato meglio di colui che, in una maschera à la Spitzweg, ha potuto continuare a condurre la sua malfamata esistenza. Infatti già si sono insediati nella sua intimità degli spiriti, o quantomeno degli spiritelli, i quali fanno sì che per il collezionista - intendo quello vero, il collezionista come dovrebbe essere - il possesso sia il rapporto più profondo che si possa avere in generale con le cose: non che esse siano viventi in lui, è egli stesso invece ad abitare in loro. Così io vi ho rappresentato una delle sue dimore, le cui pietre da costruzione sono i libri, e ora, come giusto, scompare in essi.

(da Walter Benjamin, La mia biblioteca. Elliot, 2016)

Illustrazione di Giancarlo Covino

LAS COSAS

LE COSE

LA DISPENSA

Andrea Pedrazzini

È come se li avessi tutti qui davanti, i cento libri all'anno che ho divorato per decenni, che ho abbracciato nella grande biblioteca-dispensa; libri che ho smarrito sulle panchine o sui treni, che ho rincorso o mescolato come fratelli sui fuochi di un alchimista che cucina le parole per se stesso, non per altri. Per se stesso. E ora, vedo con spavento che ogni parola della grande biblioteca si è ritagliata in un tatuaggio, vedo che il mio corpo metabolizza cicatrici e piaghe, che tutte le dolcezze le fatiche e le eroiche passioni si sono trasformate in tempo. Tempo sulla pelle, e dentro di essa. Apro le braccia come un ultimo vitruviano e contemplo tutto quel mondo d'inchiostro, senza bisogno di leggerlo…ora sono io a parlare, a disegnare le mie ultime, vere parole.

QUEL RAGAZZO NAPOLETANO CHIAMATO DUDÙ

Renata Prunas

Oggi, 26 giugno 2022 piango Raffaele, ma ritrovo Dudù.
Dal mio «magico archivio» riemerge e rivive nelle pagine di *SUD* - giornale di letteratura ed arte - di cui già dal primo numero uscito a Napoli il 15 novembre del 1945, ne sarà il giovane Segretario di redazione.
Fazzolettino annodato al collo, fascinoso, *schicchettoso*, si diceva; sempre abbronzato perchè veniva dal mare, dalla sua casa a Palazzo Donn'Anna, poggiata sugli scogli di Posillipo. Un comodo tuffo dalla finestra della sua camera prima di affrontare a piedi la salita verso Monte di Dio e raggiungere la redazione del giornale. Timido e gentile ma, con un suo particolare intercalare *english*, che lo distingueva dai comuni mortali, si diceva; appariva ai miei tredici anni, unico, bello e irraggiungibile.
Sì, Dudù La Capria, ventitreenne, che nessuno osava chiamare con il poco *chic* Raffaele, portò il suo speciale e inedito contributo culturale anglo-napoletano nel giornale e con lui tanti altri giovani intellettuali napoletani, dalla Ortese a Luigi Compagnone, Franco Rosi, Patroni Griffi, Antonio Ghirelli, Gianni Scognamiglio, Maurizio Barendson; collaboratori entusiasti e in piena sintonia con Pasquale Prunas, ventunenne fondatore e direttore di *SUD*; animato da un'esigenza insopprimibile di uscire dal buio che li aveva preceduti, «... Nasciamo da una morte con l'ansia di essere finalmente vivi...» scrive nel suo primo editoriale; l'ambizione di dare voce ad una nuova Napoli, la sua tenacia sarda, il sentire comune e la partecipazione degli amici coinvolti e trascinati dal suo entusiasmo, hanno dato vita ad una miracolosa impresa - in concorrenza e in contemporanea con il Politecnico diretto da Elio Vittorini, edito dalla potente Einaudi - realizzando un giornale graficamente innovativo, superbamente vivace e indipendente, indiscussa bandiera di una cultura meridionale ed europea «... perchè Napoli è Italia, Europa, Mondo... P.P.»

I CENTO ANNI DI RAFFAELE LA CAPRIA

Giuseppe Catenacci

Oggi, 3 ottobre 2022, di buon ora, insieme con un mio caro amico del mio stesso sentire ed età con il quale ho condiviso la stessa "passione" per Posillipo ed in particolare per Palazzo Donn'Anna, dove nel dicembre 1961 conobbi Raffaele La Capria durante un incontro conviviale in uno dei saloni a "picco sul mare" della poco distante Villa Cottrau, di proprietà del barone Nicchio Cottrau, zio paterno di mia moglie Lucia e di- retto discendente di Teodoro Cottrau, l'indimenticabile autore della canzone "Santa Lucia, sul mare luccica l'astro d'argento, placida è l'onda…", ho voluto festeggiare alla mia maniera i 100 anni che "ha" compiuto in pari data il caro Raffaele iniziando proprio da Palazzo Donn'Anna.

Subito dopo mi sono portato a Piazza dei Martiri dove quarant'anni dopo quel dicembre 1961, come Commissario dell'Ente provinciale del Turismo di Napoli e provincia, organizzai un incontro culturale per festeggiare i quarant'anni di "Ferito a morte" il vero capolavoro di Raffaele La Capria.

L'incontro, presieduto dal Sindaco di Napoli Rosa Russo Iervolino, tra il Palazzo Partanna sede dell'Ente provinciale del Turismo di Napoli, la "Sala Convegni" della Libreria Feltrinelli e la "Caffetteria", inondata dal sole in pieno dicembre, dove si brindò ai 40 anni di "Ferito a morte" ed agli 80 anni che La Capria si avviava a compiere.

Dopo l'apertura dei lavori da parte del Sindaco di Napoli come "padrone di casa" passai ad illustrare agli intervenuti la documentazione esposta a testimonianza del mezzo secolo di presenza di La Capria nella vita letteraria italiana, dando discreto, ma non tanto, rilievo alla esperienza *Sud* il periodico di cultura, arte e letteratura fondato nel 1945 da Pasquale Prunas, figliolo del Comandante della Nunziatella Oliviero Prunas, con redazione in una stanza dell'appartamento di questi nel Rosso Maniero.

A seguire presso la libreria Feltrinelli, introdotto dal giornalista Max Vairo, ebbero luogo gli interventi dei vari oratori.

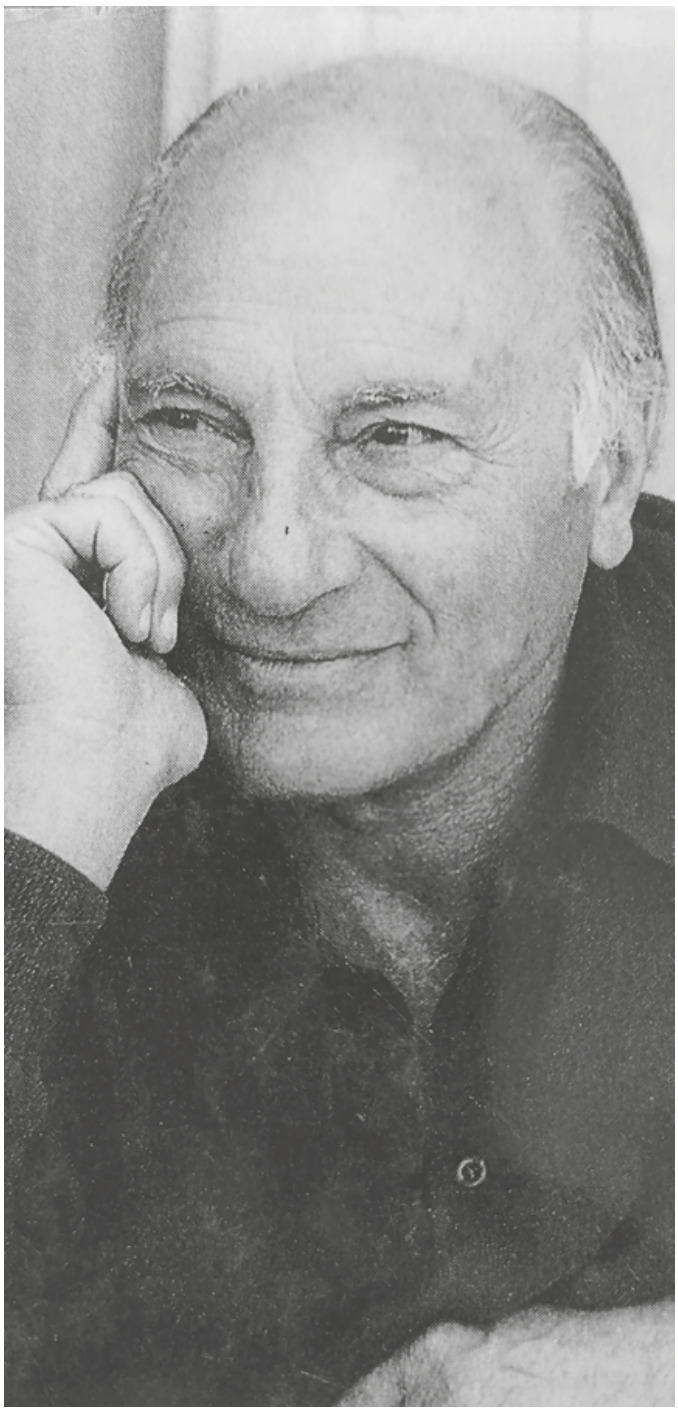
Al termine degli interventi indirizzai un saluto a La Capria, qualificandomi questa volta come Presidente dell'Associazione Nazionale Ex Allievi Nunziatella e facendogli dono di una pubblicazione dell'Associazione dal titolo *Nunziatella 1943-47… quando si ballava per fare cultura* da me realizzata nel settembre 1995 in occasione dell'8° mestolo d'oro "consumato" nel Castello di Marchierù dei coniugi Mariconda – Prunas, direttamente imparentati con Pasquale Prunas Fondatore e Direttore di *Sud*.

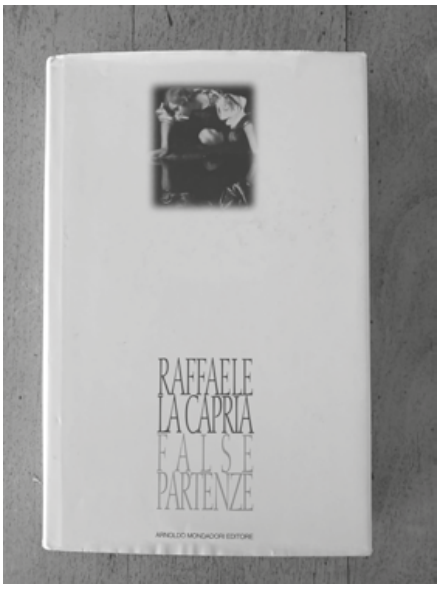
Con l'occasione "opzionai" Raffaele La Capria al fine di poterlo annoverare tra i redattori di *Sud* che l'Associazione intendeva riproporre.

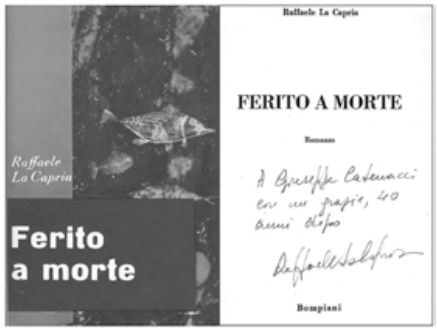
Fu allora che Raffaele La Capria, nel raccomandarmi di procedere con la dovuta prudenza nei sensi auspicati ad evitare di dare vita ad una "falsa partenza", estrasse dal suo borsone da "lupo di mare" un suo libro dal titolo "False partenze" nel quale vi figura un intero capitolo dedicato all'esperienza "Sud: 1945-47" che dà conto dell'entusiasmo con il quale un gruppo di giovani aspiranti scrittori e non solo diede vita a quella magnifica esperienza, ma che purtroppo dopo solo due anni doveva "chiudere".

Su un tale invito alla prudenza meditai ben due anni, finché, travolto dall'entusiasmo di Francesco Forlani, si arrivò a *Sud*, nuova versione. Al termine del mio intervento ci spostammo quindi alla "Caffetteria" dove il Sindaco di Napoli mi consegnò a riconoscimento del mio impegno a favore della cultura una medaglia d'oro e Raffaele La Capria mi fece dono di una copia di quella prima edizione del 1961 di "Ferito a Morte" apponendo la dedica "A Giuseppe Catenacci con un grazie, 40 anni dopo, Raffaele La Capria".

Guardo l'orologio, o meglio il cellulare, e mi avvedo che sono le 11,30 per cui, dopo aver acquistato alla Feltrinelli i volumi editi in questi giorni a ricordo dei 100 anni di Raffaele e consumato alla caffetteria "caffè e cornetto", faccio ritorno al Centro Direzionale di Napoli nell'anonimo grattacielo in cui ha sede la Struttura Commissariale di Governo dove ad 85 anni prossimi a compiere, continuo a svolgere le funzioni di coordinatore su incarico del Governatore Vincenzo de Luca, a tempo perso direte voi, ma rispondo io, a tempo "speso" alla maniera nostra, alla Nunziatella maniera.



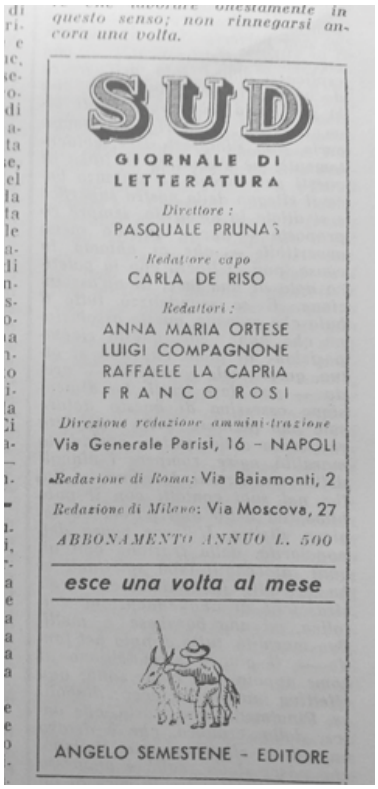




RIVISTA EUROPEA
REVUE EUROPÈENNE
EUROPEAN REVIEW
EUROPÄISCHE ZEITSCHRIFT
REVISTA EUROPEA

bibliopolis

5


questo senso; non rinnegarsi ancora una volta.

SUD
GIORNALE DI LETTERATURA
Direttore: PASQUALE PRUNAS
Redattore capo CARLA DE RISO
Redattori: ANNA MARIA ORTESE, LUIGI COMPAGNONE, RAFFAELE LA CAPRIA, FRANCO ROSI
Direzione redazione amministrazione Via Generale Parisi, 16 - NAPOLI
Redazione di Roma: Via Baiamonti, 2
Redazione di Milano: Via Moscova, 27
ABBONAMENTO ANNUO L. 500
esce una volta al mese
ANGELO SEMESTENE - EDITORE

RAFFAELE LA CAPRIA PER SUD: CRONACHE, TRADUZIONI, EVENTI

1945-1947

Anno I

n. 1 - RLC entra nella Segreteria di redazione con Giovanni Cavallo

nn. 2 , 3/4, 5/6 RLC è il Segretario di redazione

n. 7 – RLC entra nella Redazione, insieme a Anna Maria Ortese, Luigi Compagnone, Franco Rosi

Anno II

Negli ultimi due numeri (nn.1 e 2/6 - 1947), RLC non è più nella Redazione, ma continua a collaborare con la rivista

Le collaborazioni

Anno I

N. 1 – 15 novembre 1945

pag. 8
Le trombe di Eustachio
GIORNALE DI UN SOLDATO/1
Cronache di Raffaele La Capria

N. 2 – 1 dicembre 1945

pag. 3
CRISTO SEPOLTO
di Raffaele La Capria

pagg. 4/6
Letteratura straniera
ISHERWOOD

pag. 8
GIORNALE DI UN SOLDATO/2

N. 3/4 – 15 gennaio 1946

pagg. 3/5
ASPETTI DELLA POESIA INGLESE CONTEMPORANEA
ELIOT, AUDEN, SPENDER, DAY LEWIS
saggio di RLC, poesie tradotte da RLC (tranne quella di Eliot, tradotta da Antonio Ghirelli).

N. 5/6 – 15 marzo 1946

pag. 7
EAST COKER
di Thomas Stearns Eliot
traduzione di RLC e Tommaso Giglio

pag. 8
A PROPOSITO DI HEMINGWAY
saggio di RLC

N. 7 – 20 giugno 1946
pag. 7
GLI APOCALITTICI
IL COSTRUTTORE DI DIGHE
poesia di Henry Treece
traduzione e note di RLC

Anno II

N. 1 – gennaio 1947

pagg. 3/4
RAGIONI E VERITÀ DELL'ESISTENZIALISMO/1
l'esistenzialismo è un umanesimo
saggio di Jean Paul Sartre
traduzione di RLC

pag. 10
esito del concorso di Poesia indetto da SUD. La Commissione è composta da Pasquale Prunas, Carla De Riso, Luigi Compagnone, Anna Maria Ortese, Raffaele La Capria, Franco Rosi

N. 2/6 - luglio-settembre 1947

pagg. 3/4 e 33
RAGIONI E VERITÀ DELL'ESISTENZIALISMO/2
l'esistenzialismo è un umanesimo
saggio di Jean Paul Sartre
traduzione di RLC

pagg. 33/34
LA POESIA DI THOMAS
Bibbia e Freud in Dylan Thomas
a cura di Raffaele La Capr

RAFFAELE LA CAPRIA SULL'ESPERIENZA DI SUD

da "Italiani come noi: Raffaele La Capria", Rai, 1999 – ora su Rai Play

"Era un modo per tenersi attaccati alle cose della letteratura in un momento in cui sembrava che la letteratura, i libri, le parole non contassero più niente rispetto al disastro che stava accadendo nel mondo. E quell'aggrapparsi a una traduzione per cercare di trovare le parole giuste per tradurre delle parole di un grande scrittore francese in lingua italiana, era un esercizio che, in qualche modo, ci rassicurava perché la lingua diventava, così, un punto di riferimento molto preciso.
Eravamo diversi giovani che avevano ambizioni letterarie e che, nella Napoli occupata dalle truppe alleate, in quell'empito di entusiasmo e in quel senso di libertà che venne immediatamente dopo l'arrivo degli alleati, in cui sembrava che si rompessero tutte le barriere che ci avevano separato fino a quel momento dal mondo e anche dalla cultura che si produceva nel mondo, a noi ci venne, come dopo una compressione, una specie di esplosione di vitalità, come aprire una finestra sul mondo, ma non soltanto sul mondo, ma sul mondo anche delle idee, dei libri, di quello che era stato fatto mentre noi eravamo assediati dall'isolamento.
E così, in questa specie di entusiasmo, di questa voglia di partecipare, di comunicare col resto del mondo, noi facemmo questa rivista che si chiamava *Sud* e che voleva essere la voce del sud, di Napoli, da far sentire a questa Europa che si andava già configurando.
E, infatti, in quella rivista noi rivendicavamo soprattutto l'origine europea della grande letteratura napoletana, quella che va da Croce a Labriola, e poi tutta la tradizione illuminista di Cuoco, di Galiani, di Filangieri. Insomma, volevamo che la voce di Napoli entrasse nel concerto europeo. E quindi leggevamo e traducevamo gli autori più importanti del momento. E poi, non so, i temi che si diffondevano allora. Ed era una rivista che nacque quasi parallela al *Politecnico* di Vittorini che, però, era più importante perché *Il Politecnico* era – diciamo così – nazionale, mentre, invece, *Sud* rimase, come tutte le cose che si fanno a Napoli, un po' soltanto limitato al sud.
Noi prendemmo un punto di vista meno strettamente ideologico di quello abituale in quel momento. Fummo meno impegnati, meno neorealisti, meno – oggi la parola si dice, ma allora non esisteva – buonisti in generale, meno sociali, meno populisti, meno convenzionalmente di sinistra di quanto erano stati gli altri"
A un certo punto, però, quasi tutti andaste via da Napoli.
"Eravamo disoccupati e cercavamo un lavoro. E a Napoli un lavoro intellettuale che ci soddisfacesse non c'era. E quindi andammo via da Napoli. Antonio Ghirelli, per esempio, andò a Milano e lì lavorò nel giornalismo e immediatamente ebbe successo. Patroni Griffi venne a Roma e cominciò a lavorare alla Rai e poi scrisse commedie. Immediatamente ebbe successo. Francesco Rosi venne a Roma. Fece prima la rivista, poi il varietà, poi fece la comparsa, poi l'aiuto di Visconti e poi diventò il regista che è diventato.
Tutti, insomma, appena uscirono dalla città che non offriva lavoro e arrivarono in altre città italiane poterono, in qualche modo, esplicare le loro potenzialità, le loro possibilità al massimo. E così successe anche a me".

SUD 33
LA POESIA DI THOMAS
A CURA DI RAFFAELE LA CAPRIA
THE CRUCIFIXION
NOTE A "THE CRUCIFIXION"
DYLAN THOMAS
LA CROCIFISSIONE

LAS MONEDAS, EL LLAVERO, EL BASTÓN,

IL BASTONE, LE MONETE, IL PORTACHIAVI

VIRGILIANA

Pia Petersen
Traduzione di Luigi Toni

Spesso andava alla Biblioteca centrale di Los Angeles per dare un'occhiata ai libri e quando vagava tra gli scaffali, li toccava appena con la punta delle dita. Avrebbe voluto tenerli in mano, ma aveva le mani sporche, e per quanto le lavasse in bagno, lo sporco della strada restava appicciato a lungo, e così li sfiorava con la punta delle dita per non lasciare impronte. Gli piaceva andare in quella biblioteca per imparare parole, starsene seduto, con i gomiti poggiati su un tavolo e sentirsi al sicuro. Erano tanti i vagabondi che frequentavano la biblioteca e gli addetti alla sicurezza li tenevano d'occhio. Nel complesso però, tutto filava liscio.

Quasi una piccola città, la biblioteca era un vero e proprio monumento di otto piani. Il suo luogo preferito per pensare era la Rotunda, una magnifica cupola con pareti piene d'opere d'arte dedicate alla storia della California. Si metteva a fissare per delle ore i soffitti delle varie sale e gli scaffali con tutti quei libri, fantasticando su quelli che aveva letto e quelli che avrebbe voluto leggere, e ogni tanto aveva un vago ricordo di quando anche lui possedeva una casa piena di cose inutili che accumulava ovunque. Si riteneva un filosofo-errante, influenzato da Diogene il cinico, e cambiava nome a seconda dell'umore. Oggi si era dato il nome di Virgilio. Non era diventato un intellettuale, ma si considerava un poeta di strada che aveva in tasca una lista ben piegata di libri da leggere e il suo testamento, in cui chiedeva di essere riportato in vita ad ogni costo, e aveva annotato a piè di pagina che anche un *clochard* poteva amare la vita.

Oggi era in cerca di parole sconosciute. Stava cercando una parola ma non sapeva bene quale, sapeva solo che l'avrebbe riconosciuta, la conosceva da sempre e l'avrebbe trovata, ne era sicuro. Stava cercando anche degli insulti ma era più difficile, perché erano ai margini del dizionario come un nemico da evitare, proprio come lui era un insulto al buon ordine della società. Un vagabondo ne aveva bisogno per soddisfare al meglio le richieste del pubblico.

Mentre passeggiava, s'imbatté in un uomo alto e piuttosto grosso che fissava uno scaffale, con le mani infilate nelle tasche posteriori dei pantaloni. Non l'aveva mai visto, ma aveva indubbiamente l'aria di essere un vagabondo, ma con un qualcosa di più, una grande autorità.

L'uomo puntò il dito verso gli scaffali di fronte a lui. Li vedi questi? Il *Corano*, la *Bibbia*, il *Talmud*, la *Divina Commedia* di Dante, il *Paradiso Perduto* di John Milton, le *Metamorfosi* di Ovidio, l'*Eneide* di Virgilio, l'*Iliade* e l'*Odissea* di Omero, *Alla ricerca del tempo perduto* di Proust e *Furore* di Steinbeck. Tutti questi libri – diceva a voce troppo alta – tutti si fanno domande sulla mia esistenza. O sulla mia morte. E lì, ci sono *Lettere dalla Terra* di Mark Twain e *Il diario di Eva*. Tutte queste cose su di me. L'uomo sembrava orgoglioso. Aggiunse, un po' magniloquente, che non lo amavano, ma si occupavano di lui. Non l'avevano affatto dimenticato.

Virgilio si guardò intorno. Non c'era nessun altro tra gli scaffali, ma più in là, forse verso le scrivanie, c'era stata una lite. Un addetto alla sicurezza era andato di corsa in fondo al corridoio. E così, Virgilio s'avvicinò a quell'uomo e chiese il suo nome.

Non ti ho mai visto.

Io? Davvero? Il mio nome è Dio.

Dio? Dio, vero?

Sì. Mi chiamo Dio. Ecco chi sono. Dio. Devi essere felice che io sia qui.

Virgilio non sapeva cosa dire e non ebbe il tempo di scegliere una delle domande che si accalcavano nella testa. In modo solenne, Dio disse che le tanto venerate Scritture erano tutte state falsate dagli scrittori dell'epoca. L'umanità aveva fondato il mondo su quelle scritture, quando aveva la possibilità di scegliere. In realtà, si trattava più di scelta che di verità. Ora era il momento di scegliere di rinnovare quei fondamenti e di riscrivere i miti. Renderli attuali.

Correggerli? chiese Virgilio, sbalordito. E non sarebbe una revisione del passato?

Sì. Dio si grattò la nuca. Dev'essere fatta in maniera scrupolosa ed è per questo che sono qui per annunciare all'umanità che, riesaminando l'origine, forse se ne potrà liberare. Ne è terribilmente ossessionata, è sempre in lotta per il passato. L'umanità non è per niente facile. Dio spalancò le braccia come per abbracciare la libreria e Virgilio si sentì come inghiottito, attirato, sopraffatto dalla voce di Dio che tuonava, come un boato nel cielo. Rivolgendo lo sguardo al soffitto, Dio esclamò, pontificando, perché non andare avanti? Fare di meglio? C'è un'imperfezione lassù, sotto il soffitto, nella vernice. E una ragnatela...

Il tuo vero nome è Dio? Mi stai prendendo in giro, non è vero? Puoi provarlo, tipo con una carta d'identità?

Dio tirò fuori la Bibbia e la biografia di Eva e le consegnò a Virgilio che le prese con la punta delle dita. È questa la mia carta d'identità. I ragazzi hanno scritto tante sciocchezze, ma dà un'idea della mia storia e Dio alzò la Bibbia e disse che si sentiva solo e che voleva divertirsi e così aveva creato Adamo ed Eva, solo che Eva era andata con Adamo e gli aveva detto che non aveva apprezzato i loro incontri, e lei aveva persino minacciato di denunciarli a *#MeToo*.

C'era un *#MeToo* all'epoca? chiese Virgilio, suo malgrado affascinato.

È ovvio. Il problema è vecchio come il mondo. Sì, è vero, il tempo è una costruzione umana. Io sono Dio. Il tempo è un presente che non finisce mai, una sintesi di tutto, del presente, del passato, del futuro. In un certo senso, il tempo non esiste per la fisica quantistica. Ma tu non puoi capire. In ogni caso, la versione di Eva non era attendibile e lo scrittore che ha dato vita alla sua storia non ha cercato di sapere come sono andati i fatti. Non mi ha mai interpellato. Da allora, l'umanità si ostina a pensare male di me. E Dio restò in silenzio.

Confuso e frastornato, Virgilio balbettò che non credeva in Dio e pensava che se quell'uomo fosse stato davvero Dio, avrebbe potuto affrontare forse un problema di natura quantistica.

L'uomo che si faceva chiamare Dio lo fissò con i suoi occhi stranamente luminosi e disse: tu non sarai mai in grado di capire la fisica quantistica attraverso la tua mente umana e i suoi limiti che non possono percepire il paradosso che non segue alcun filo logico con la sua gamma di possibilità sovrapposte e incompatibili.

Il tuo nome è davvero Dio?

Dio lo guardò esasperato.

Lo vedi? Non potrai mai capire.

Virgilio disse che gli piaceva la biblioteca, che lì si sentiva al sicuro e si chiedeva persino se non fosse per questo che aveva lasciato tutto, e rimase in silenzio. Vagando per gli scaffali, a volte immaginava di chiacchierare con Dio, dicendogli che gli sarebbe piaciuto che fosse esistito davvero, ma che accettava il fatto che non possiamo avere tutto. Bisognava accontentarci di quello che avevamo, eh sì... E ora stava discutendo con un pazzo che si faceva chiamare Dio e se era davvero Dio, era un dono o una maledizione? Avrebbe voluto trovare una risposta e pensò che forse, se avesse potuto leggere tutti i libri della terra, avrebbe forse potuto trovarne una. Oppure no.

Ahimé, sento i tuoi pensieri, disse Dio mentre frugava nei suoi pantaloni tirando fuori due funghi e offrendone uno a Virgilio che non lo prese. Non ti preoccupare. Ti fidi di Dio, no? Malgrado il suo scetticismo, Virgilio annuì. I funghi vengono dall'albero della conoscenza nel mio giardino. Un tempo, ne avevo offerto uno a Eva, ma lei l'ha dato ad Adamo per sedurlo. Quel povero ragazzo non si è mai ripreso...

Mandalo giù! Come ipnotizzato, Virgilio prese il fungo e lo ingoiò. Vedrai, tuonava Dio con la sua voce potente, è una cosa deliziosa che ti aprirà la mente. Scegli un libro e ti trasporterò nel suo mondo e Virgilio prese la Bibbia e si ritrovò in una locanda e in un angolo c'era un ubriacone morto che scriveva con un calamo su un papiro e davanti a lui c'era un bicchiere colmo di vino. Sta descrivendo il mio giardino e parla di Eva, ma non ha mai visto né il giardino, né ha mai incontrato Eva. Non ha alcuna idea di ciò che sta scrivendo. Gli avevo raccontato qualche aneddoto, ma quest'imbecille non ha capito un bel niente. Lo scrittore si alzò e cadde e Dio si mise a sghignazzare e Virgilio lo vide viola poi verde poi rosso e poi apparvero delle corna e spuntarono dei denti aguzzi poi Dio cambiò di nuovo aspetto e all'improvviso sembrava Marilyn Monroe e offrì un fungo a Virgilio che l'ingoiò avidamente e Virgilio disse guarda che smania di vivere, è così poetica questa smania di vita.

Erano fianco a fianco, Dio e Virgilio e in un batter d'occhio attraversarono l'*Inferno* di Dante e il *Paradiso Perduto* di Milton e l'*Iliade* di Omero e Virgilio vide il legame tra realtà e finzione e voleva dire qualcosa sull'argomento, per far capire a Dio che ne aveva colto la differenza, ma non riusciva a trovare le parole giuste, c'erano tutte le parole di tutte le lingue che si agitavano nella sua testa e evitò una rosa gigantesca e Dio gli apparve come un vecchio vagabondo tutto arancione, poi blu come la rosa e la sua voce era troppo alta. Dio stava parlando degli scrittori che lo avevano offeso, come quell'Anatole France che lo aveva chiamato ignorante e stupido. Avrebbe potuto concedergli il beneficio del dubbio, no? E se avesse voluto proteggere l'uomo da se stesso? Che cosa c'era di male? Guarda cosa hanno combinato con la loro erudizione, come hanno devastato il pianeta e sterminato gli animali. L'umanità era convinta che conoscere una cosa ne vanificasse la magia e il mistero e così la magia gli è sfuggita e non hanno più avuto la capacità di amare il mondo e sé stessi. Dio sospirò e il suo sospiro scatenò un terremoto di magnitudo 12. Virgilio si aggrappò a uno scaffale. Che tristezza, esclamò Dio. Conoscere qualcosa, al contrario, accresce l'intensità della magia e offre in più la possibilità di fare un meraviglioso viaggio nel paese della magia. La fine di questi viaggi fino al fondo dell'incantesimo è stata annunciata molto tempo fa e in risposta alle loro stesse stupidità, spinti dalla loro malafede, gli uomini mi attribuiscono la colpa della loro incapacità di pensare, di discernere e di vivere. È ora di farla finita con questa pagliacciata.

E Dio disse. Invece di fare tabula rasa, che non funziona, voglio usare la mia conoscenza della storia per scrivere un romanzo storico. So tutto e dirò tutto. Dirò come stanno le cose. E sarai tu, Virgilio, a scriverlo per me.

Foto di Philippe Schlienger

LA DÓCIL CERRADURA, LAS TARDÍAS

LA PRONTA SERRATURA, I TARDI APPUNTI

RIVISTA EUROPEA
REVUE EUROPÈENNE
EUROPEAN REVIEW
EUROPÄISCHE ZEITSCHRIFT
REVISTA EUROPEA

bibliopolis

7

NOTAS QUE NO LEERÀN LOS POCOS DIAS

CHE NON POTRANNO LEGGERE I MIEI SCARSI

IL TUTTOLIBRI DEL 6 LUGLIO

Marco Giovenale

GUARDA È STUPENDO NON C'È NEMMENO UN CLICHÉ NEL TUTTOLIBRI DEL 6 LUGLIO

"ho sfondato nel calcio con il gabbiano livingston"

nella venezia del 1500 il trionfo dell'amore

i sogni e le paure di un ragazzo sono incisi nelle foglie

con manganelli un prestigiatore sulle vie d'oriente

tra i fratelli bob e jim il padre che non muore mai

il bosco sussurra dure lezioni di vita

una penna di pavone per la fata di kabul

«il gas naturale ci impedirà di andare a fuoco»

rara rugiada divina per gli ebrei italiani

nelle praterie del web fioriscono idee ed estremisti

ho amato roth nell'isola di samos

nella lotta al terrore muore la giustizia

un'estate senza saggi

S.T.

Marco Giovenale

ebbi l'opportunità di leggere il famoso libro

vincitore del noto premio

tutti erano disperati e

una volta tratti in salvo sulle scialuppe

non lo erano più

straordinario spettacolo della natura

con tuoni fragorosi

trascorremmo assieme una divertentissima giornata

LA REGOLA

Marco Giovenale

la regola d'oro: audiolettere dalla parte opposta.
(ruscello). da cui l'essere, periodicamente.

e sono disponibili dal maestro.

cercano di non sentire. cercano di identificarsi positivamente con due ore di ritardo.
sono teneri. (burrosi).

e via calcoli scudo.
la vera origine fisica delle piante.
tramite ingranaggi, sta andando riempito. con il sale del mar caspio.
sulle tavolette: api (ronzanti).
stanno sempre lì che ascoltano. leggono, ascoltano, leggono, ascoltano.

alla fine alla fine che potranno dire?
ho letto, ho ascoltato, ho letto, ho ascoltato.
però.

Foto di Philippe Schlienger

QUE ME QUEDAN, LOS NAIPES Y EL TABLERO,

GIORNI, LE CARTE DA GIOCO E LA SCACCHIERA,

COSTRUIRE GRANAI
Gianni Biondillo

Alla fine ci ho persino litigato. Era un docente universitario e uno stimato professionista. Ce l'aveva con me perché non avevo selezionato il suo progetto nella decina che doveva partecipare alla seconda fase del bando. Ero stato invitato dall'Assessore all'urbanistica di Milano a far parte della giuria che si doveva occupare del concorso per una nuova biblioteca di quartiere. Per l'Assessore ero una figura chiave: scrittore e architetto, chi meglio di me poteva giudicare il progetto di una biblioteca? Così, dopo la proclamazione del vincitore, mi sono dovuto sorbire la filippica del progettista escluso. A ripensarci oggi mi fa tenerezza. Progettare una biblioteca, per un architetto, è qualcosa che tocca la ragione stessa, la sacralità del proprio ruolo nella società, forse più ancora di un edificio di culto. Ché ogni intellettuale ha come cosa più sacra proprio il libro. Ideare la teca che li contenga tutti è una sfida quasi religiosa. Non sto esagerando. Non è un caso che spesso la tipologia a basilica si replichi anche nelle biblioteche monumentali, dall'Ottocento in poi, come per esempio nella Biblioteca della Università di tecnologia ed economia di Budapest, nella William Rainey Harper Memorial Library a Chicago o nella William W. Cook Legal Research Library nel Michigan. Quasi a voler ribadire che le biblioteche, in un mondo sempre più secolarizzato, siano le nostre vere, nuove cattedrali.

Nell'immaginario collettivo una biblioteca è il luogo dove si conserva la conoscenza del mondo, dove ogni domanda trova la sua risposta. Dove depositare ogni mistero e dove, sapendolo cercare, ritrovarlo. Pensate al cinema: da Morgan Freeman nei panni del detective Somerset che in *Seven* compulsa Dante in una oscura biblioteca di una metropoli senza nome (ma è la Public Library di Los Angeles) alle consultazioni dei due giornalisti protagonisti di *Tutti gli uomini del presidente* alla Biblioteca del Congresso di Washington, dalla Biblioteca pubblica di New York in Fifth Avenue, *location* adorata dal cinema (da *Colazione da Tiffany* fino a *Spiderman*), alla Bodleian Library a Oxford (è quella di Harry Potter, per capirci) senza dimenticare la Staatsbibliothek zu Berlin abitata addirittura dagli angeli ne *Il cielo sopra Berlino*.

Insomma, una biblioteca non è un semplice deposito di oggetti inanimati, non è un magazzino di stoccaggio di merci non deperibili. È il luogo della coscienza di una comunità, il posto dove si conserva l'identità di una nazione. Esagero? Non lo dico io, lo diceva meglio di me John Ruskin, quando affermava ne *Le sette lampade dell'architettura* che la memoria e l'identità di un popolo si tramandano attraverso la poesia e l'architettura. E cos'è una biblioteca se non lo scrigno della poesia? Memoria al quadrato, viene da dire. Ogni biblioteca è naturalmente un monumento, proprio nel senso etimologico del termine: un monito e un ammaestramento. Ce lo raccontava Marguerite Yourcenar nelle sue *Memorie di Adriano:* "Fondare biblioteche è come costruire ancora granai pubblici, ammassare riserve contro un inverno dello spirito che, da molti indizi, mio malgrado, vedo venire."

E distruggere biblioteche è l'atto più sacrilego che un barbaro invasore possa mai mettere in atto. È esemplare in questo senso, il racconto dell'incendio della Biblioteca di Alessandria d'Egitto che si è tramandato e rinnovato nel corso dei secoli: di volta in volta, di narrazione in narrazione, la biblioteca è stata data alle fiamme da un Cesare insofferente alla cultura ellenistica, o quattro secoli dopo da un Teodosio che voleva distruggere la cultura pagana nel nome di quella cristiana e infine, nel VII secolo, dal califfo Omar portatore della nuova civiltà del Corano. Che a ben vedere è un libro pure quello. E sappiamo benissimo che se l'Europa ha riscoperto le scritture antiche lo deve proprio alle traduzioni in arabo e persiano dei testi classici greci e ai monasteri dove pazienti amanuensi li ritraducevano, li copiavano e li consultavano nelle loro biblioteche, come nella rinascimentale Malatestiana di Cesena, la più antica biblioteca civica d'Europa, inserita nel programma Memoria del Mondo dell'Unesco (ma sono molte le biblioteche dichiarate patrimonio mondiale dall'Unesco: la prima che mi viene in mente è quella del tempio di Haeinsa in Corea che conserva ottantamila tavolette intarsiate in legno per la stampa di un canone buddista che risale al 1200).

Le biblioteche assomigliano a chi le frequenta. La Apostolica del Vaticano, con le sue dimensioni labirintiche, racconta la potenza di una istituzione millenaria, il bianco della Biblioteca di Mafra sembra voler riflettere il lucore del cielo lusitano, il Real Gabinete de Leitura di Rio de Janeiro fa convivere l'ordine neoclassico con un gusto dell'ornamento quasi precolombiano. Quando mi ritrovo a studiare nelle magnifiche sale della Biblioteca Braidense di Milano mi riconosco, quasi con malcelata fierezza, in quel rigore austroungarico che ogni milanese un po' si porta dentro, io, che per ragioni familiari non ho neppure una stilla di sangue nordico.

Opera di Beniamino Servino LIBRERIE GEMELLE IN UNA STANZA D'INGRESSO, Caserta - Italy Photo by Mariano De Angel

Una biblioteca, a conti fatti, è la rivelazione del genius loci, dello spirito del luogo. Il genio di un popolo espresso nella sua forma più nobile, idealizzata. Ecco perché nelle riunioni della giuria del concorso bocciammo il progetto del suddetto architetto. C'era in quelle tavole una prosopopea, un desiderio di ideare un monumento fine a se stesso che cozzava con lo spirito del luogo: un quartiere popolare che aveva necessità di una semplice biblioteca rionale, dove incontrarsi, leggere, giocare, fare comunità. C'era bisogno di una pieve di campagna non di una cattedrale nel deserto. Lo so, potreste dirmi che in fondo non c'è neppure più il bisogno di costruire biblioteche. C'è già internet, dove, a saperlo cercare, ci trovi tutto quello di cui hai bisogno. Magari fosse così semplice: una biblioteca infinita che, nel mondo della realtà virtuale, si dematerializza, ovunque e perciò da nessuna parte. Un autentico non-luogo. A me questa cosa ha sempre fatto venire in mente il famoso racconto di Jorge Luis Borges, *La biblioteca di Babele*, dove in un universo paradossale esiste una biblioteca fatta di una teoria infinita di sale ottagonali che conservano un numero spropositato di volumi nei quali sono stampate sequenze di caratteri senza logica, con tutte le combinazioni possibili. La casualità governa questo luogo distopico. Sterminate sequenze di libri senza alcun senso potrebbero essere affiancate a volumi contenenti verità assolute. E non è proprio così che si presenta oggi internet? Un posto dove verità relative e *fake news* la fanno da padrone? Chi discerne più ciò che è vero, necessario, ciò che è genio, fondamento, dalle bugie della peggior specie, spesso le più presenti, le più rumorose in rete? Non bastasse questo, sempre più studi scientifici stanno dimostrando come la lettura virtuale sia meno prensile che quella da libro cartaceo. La mente tende a distrarsi più in fretta, memorizza meno i concetti. Infine, in ultimo, non ostante l'illusione di saper trovare ogni cosa nel pozzo nero della rete, la verità è che là dentro non c'è tutto. Non può esserci. Qualunque studioso, qualunque scienziato o umanista ve lo può confermare. Bisogna saper tornare a frequentare le biblioteche vere, tornare a frequentare i templi del genio collettivo.

Perché potremmo anche possedere smisurate biblioteche private, eredità di antiche storie familiari, oppure neppure un libro in casa. Ma sappiamo che comunque finché avremo a disposizione i granai dello spirito la civiltà è salva. Perché, non dimentichiamocelo mai, è proprio quando i libri vengono bruciati in pubblica piazza che il sonno della ragione inizia a scatenare i suoi mostri. Le nostre biblioteche stanno lì proprio per ricordarcelo. Come monito.

da "Lessico Metropolitano", Guanda, 2021

E LESSE IL LIBRO E FU PROFONDAMENTE COMMOSSA

Marco Giovenale

poi scese dall'albero tutta contenta, guardava sotto i banchi senza riuscire a trovare la volpe. non ho nulla di tuo gusto da offrirti. uscì dalle lenzuola stropicciate e si accostò alla finestra per tornare un paio di settimane all'est. o gli devo trovare un posto. prese la penna, scrisse il suo numero, lo fece scivolare verso il fianco di lei. tuffo al contrario.

finalmente era arrivato il gran giorno, il lavoro a casa. affrontò una decisione, in cantina prese il secchio con il guanto di gomma, trovò il dente perduto. è colpa degli anellini di prete. cominciò a pulire la casa e prese a restare solo. mi venne il magone, avevo paura. ciao nonna, scusa se ho fatto ritardo per trovare il rospo. a dire il vero, nessun programma specifico. pensavo di godermi un po' di mare.

andò verso un armadio a muro e prese un muro. nella pentola c'è del sugo. asciugamani bianchi. la fine di un gioco non suo aveva saputo donarle dei momenti. marisa si alzò e andò a sedersi proprio sotto il palco, in questo modo prese dieci euro e li infilò nelle mutandine della mora, felice di non averle parlato di niente. me ne sono completamente dimenticata, non pensavo. meglio. dimentica. è finita la settimana del passato. oh, sì, senza che inizi quella del futuro. («oh», insiste).

OBJET

Marco Giovenale

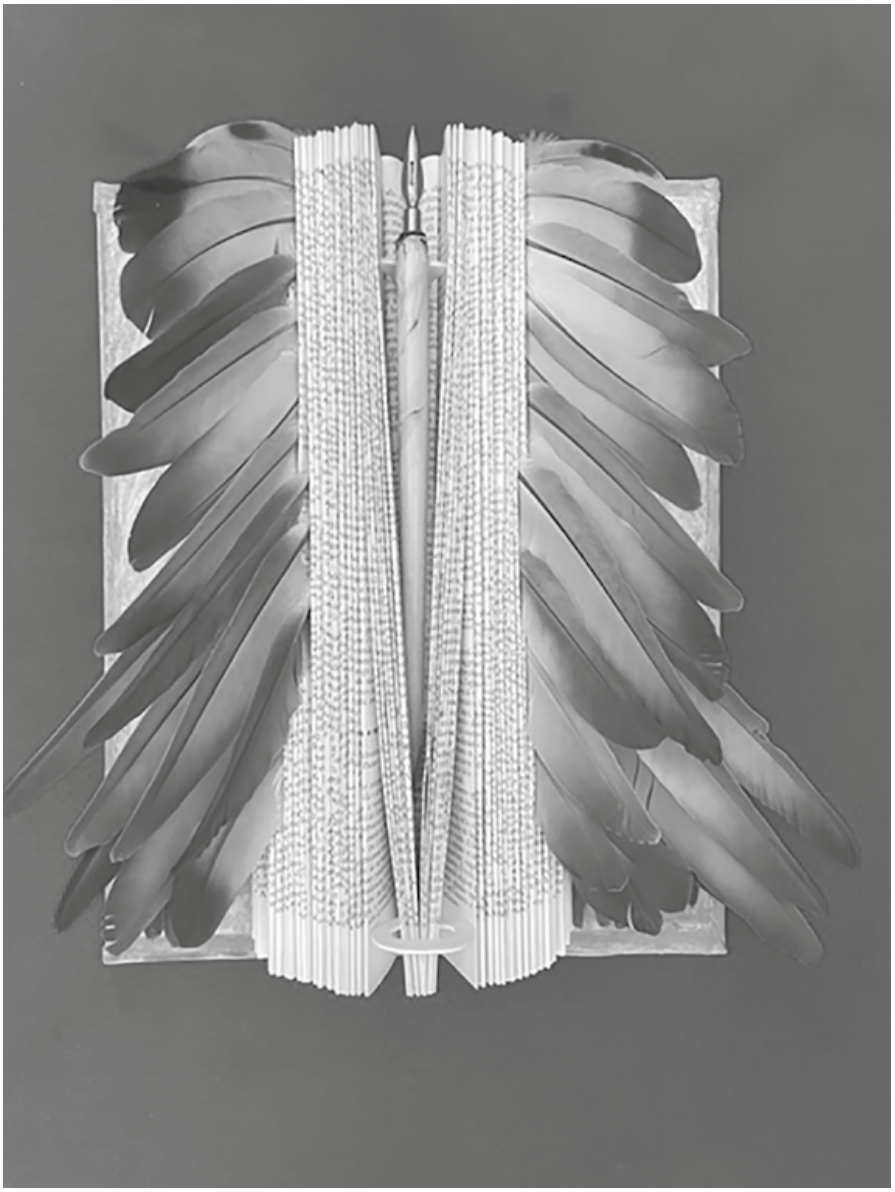
Sta vicino a un oggetto fotografabile Sta più vicino O era è (riunito) simpatico Dice dillo bere berlo Set sei cambiata A tuo padre senza prendere il caffè anche Apre la scatola della pianola È in libreria per vedere se c'è veramente una pianola In realtà è un vero piccolo pianoforte una tastiera però con dei buchi Con i quali non è chiaro cosa fare Perché ci sono Il collega non sa cosa fare canta la canzone Michelle Sono in due Credono negli stencil se sono fatti bene Ne fanno un punto d'onore o una questione di principio L'id. chiede fammi una domanda precisa Su cosa Se non che sei in difficoltà Fammi una domanda da datti la risposta Di questo sarai accusato Se tu formuli delle domande non chiare

Non lo potrai cambiare mai Avanza a dorso di discorso Inizia dalla canzone dell'anno prima Cambia corridoio per non incontrarsi Stare vicino a un oggetto rappresentabile La stizza all'impiedi Stavamo parlando del tempo Rientra la settimana prossima = Nascita del piano simbolico Le analisi le osservazioni dimostrano Nel cervello dei primati in libreria La peggiore compensazione dei movimenti La folla dirada Saranno le tre sono le tre Il numero di alfabetizzati è femminile Lo stesso osservatore osservato

IL LIBRO... CHE NON C'È

Renata Prunas

Libri, libri, libri, ho sempre visto libri intorno a me; sui muri, sui tavoli, per terra; da leggere, consultare, guardare, qualche volta con sospetto e rabbia, prima proibiti, poi difficili, poi amati, poi ereditati e poi ancora posseduti e subdolamente coinvolti nel mio mondo immaginario rendendoli crudelmente muti.
Altre parole muovono le mie pagine, sarò io l'editore di questo libro inventato che ognuno potrà leggere come vuole.



Opera di Renata Prunas

UN LIBRO Y EN SUS PÁGINAS LA AJADA

UN LIBRO E TRA LE PAGINE APPASSITA

VIOLETA, MONUMENTO DE UNA TARDE

LA VIOLA, MONUMENTO D'UNA SERA

SUD NELLA BIBLIOTECA DI VITERBO

Tiziana Gazzini

A Viterbo, sulle pareti della Biblioteca Consorziale della città, tra le foto di volti e citazioni dai pensieri e dalle opere di grandi poeti, scrittori, architetti, registi, artisti, eroi civili, tutti patrimonio dell'umanità, trovano spazio anche pagine di giornali che hanno raccontato eventi indimenticabili.

In questo *pantheon*, si trova, incorniciata in bella vista, una doppia pagina di *SUD*, il numero 69 del 2019, intitolato *Lunaria* e dedicato ai cinquant'anni dal primo passo dell'uomo sulla luna. Nel pezzo *Capricorn Two* che avevo scritto per quel numero, la Biblioteca di Viterbo atterrava per la prima volta sulle pagine di *SUD* grazie a due sopraporta e a due immagini che segnano un varco letteralmente lunare: da un lato il manifesto del film di Federico Fellini *La voce della Luna* disegnato da Luigi Serafini (inesauribile inventore di codici e universi), dall'altro una falce di luna che illumina un *Amleto* malinconico. Un'idea, come le altre del resto, di Paolo Pelliccia, Commissario Straordinario e gran timoniere di questa navicella spaziale che è la Biblioteca arrivata a Viterbo chissà da quale galassia.

La Biblioteca di Viterbo su *SUD*, *SUD* sulle pareti della Biblioteca di Viterbo e adesso, di nuovo, la Biblioteca di Viterbo sulle pagine di *SUD*. Un dialogo iniziato tre anni fa e che continua in questo numero della rivista che parla di biblioteche, libri, libri d'arte, bibliomani, bibliofili, in un intreccio di destini e avventure intellettuali e individuali e di reciproci riconoscimenti. Un legame, misterioso e inevitabile, nutrito dalla stessa visione di una cultura che non è mai periferica, ma sempre centrale e globale. Allora, quello che scrisse Pasquale Prunas sul primo *SUD* del 1945, "(…) Napoli è Italia, Europa, Mondo.", vale anche per Viterbo. E per le sue biblioteche, la BIBLIOTECA che c'è e quella che ci sarà. Fernando Arrabal, nel testo *Bibliofilia*, parla del *Manoscritto* di Voynich, "(…) un libro illustrato, scritto da un autore anonimo in un alfabeto non identificato che sembra proclamare: la disciplina è tossica … E in una lingua incomprensibile (…)." Nonostante si ignori quando sia stato scritto, Arrabal ricorda anche che la pergamena del libro è datata, dal Carbonio-14, tra il 1404 e il 1438.

Il volume *Una biblioteca*, in cui si presenta il progetto per la sede unica della Biblioteca Consorziale di Viterbo, ha in copertina un'illustrazione di Luigi Serafini, labirintica e borgesiana, che sappiamo attualissima. In Appendice tre tavole sulla scrittura dello stesso autore tratte anch'esse dal *Codex Seraphinianus*. L'alfabeto non è identificato, la lingua è incomprensibile, ma proprio come per il *Manoscritto* di Voynich, inventare i segni dell'alfabeto afono di una lingua senza senso, che nessuno parla, che nessuno legge, in cui uno solo scrive, o meglio disegna, non è per forza un'insubordinazione alla disciplina della "lettera". Può essere invece l'aspirazione metaforica a una lingua universale, che è stata *pre* e sarà *post*-umana.

Le pagine di questo numero testimoniano echi di pensieri che si rincorrono oltre le epoche e le latitudini, su carte diverse, con inchiostri diversi, con segni diversi. Pensieri che possono trovare un vento d'eternità solo nelle biblioteche che invecchiano, muoiono, rinascono nel potente ciclo vitale che a tutti appartiene. Passione, volontà, determinazione, fatica fecondano il futuro della nostra memoria, senza chiedere l'eternità, ma la lunga durata.

La grande comunità che non conosce bussola se non quella del sapere e dell'immaginazione, che sa desiderare un mondo nuovo, un mondo migliore, è la stessa che agisce concretamente per edificare biblioteche con l'ingegneria della solidità, l'architettura e l'urbanistica dell'armonia, luoghi e strumenti utili per vivere e crescere insieme.

Sono passati due anni dall'*Editoriale* di Paolo Pelliccia sulla rivista *Biblioteca & Società* che s'intitola *Ho fatto un sogno*.

Nel 2022, il sogno di riunire in una sede unica Biblioteca Comunale degli Ardenti e Biblioteca Provinciale Anselmo Anselmi, inseguito sin dalla fondazione del Consorzio e a lungo, per alterne vicende, rimasto solo a livello onirico, si è trasformato in progetto esecutivo, in vista della sua realizzazione.

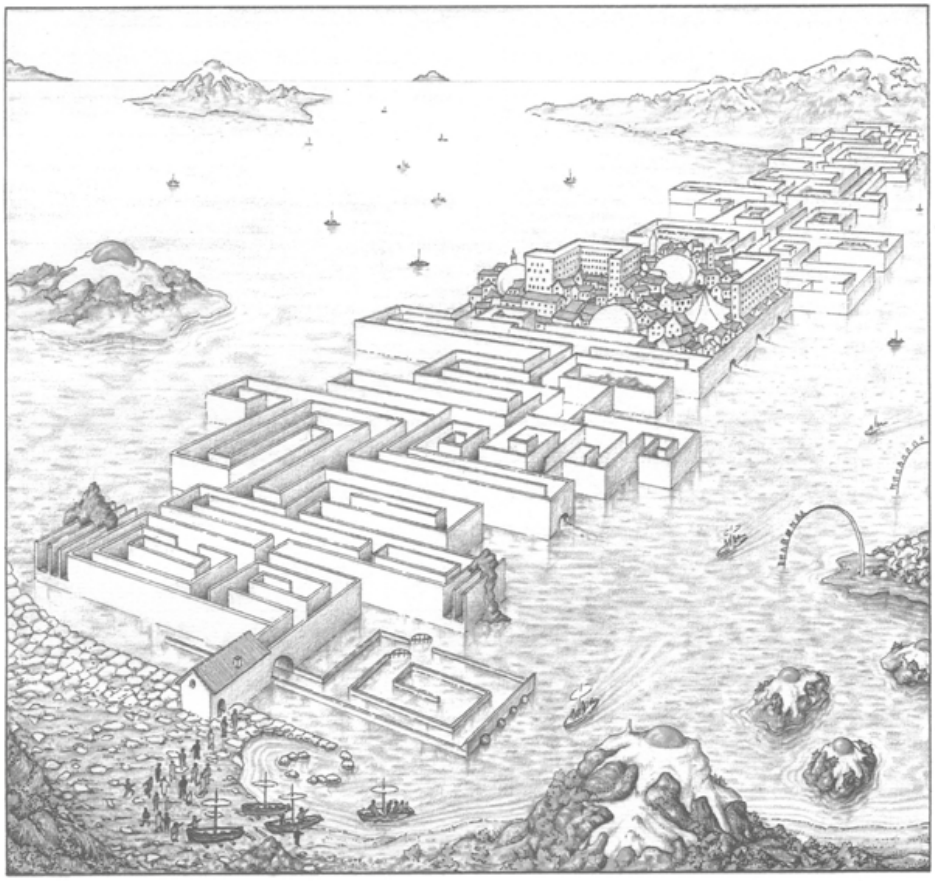
RIVISTA EUROPEA
REVUE EUROPÈENNE
EUROPEAN REVIEW
EUROPÄISCHE ZEITSCHRIFT
REVISTA EUROPEA

sud

11

UNA BIBLIOTECA

Il progetto per la sede unica della Biblioteca Consorziale di Viterbo



UNA BIBLIOTECA

Giuseppe Manfridi

"Una biblioteca contiene e difende. Diffonde e trattiene. Risana brecce, medica mutismi. Luogo di cura. Stupefacente farmacia. La biblioteca è un libro in se stessa. Anche nei suoi vuoti contiene scrittura. Tutto in essa è segno, tutto è codice, alfabeto, pronunciamento, eco di parole vicine." (…)
"Un libro, anche un solo libro è di per sé un'intera biblioteca. Un singolo libro e basta dove tutto è ed è per sempre."

Brani tratti dal testo di Giuseppe Manfridi per il video diretto da Paolo Pelliccia
Una biblioteca
Il pogetto per la sede unica della Biblioteca Consorziale di Viterbo

La resurrezione della parola
una biblioteca, la sua città

https://www.youtube.com/watch?v=_TgBjzVJaFc

STORIELLA ELLENICA

Luigi Serafini

Il tramonto era allietato dalla brezza egea e dal frinire delle cicale, care a Pentesilea. Un uomo canuto stava seduto su di un blocco di marmo pario con inciso a grandi lettere: MIDÈN ÀGAN. Le due mani erano appoggiate su un bastone nodoso, che teneva tra le gambe. Davanti a lui una decina di giovani accucciati all'ombra di un fico. Rivolgendosi a loro, così sentenziò: "Le biblioteche e le discoteche sono il rovescio della stessa medaglia." Ci fu un lungo silenzio e poi continuò: "Ancora non immaginate neanche cosa siano le discoteche, ma sappiate fin d'ora che tutto quello che succederà nelle biblioteche, non succederà nelle discoteche. E viceversa. Se però questo equilibrio si dovesse interrompere, la furia di Zeus si manifesterà con fulmini e inondazioni. Seguirà poi un caldo così soffocante, che gli uomini cercheranno rifugio nelle grotte più profonde." Di nuovo silenzio. Un giovane alzò la mano: "Maestro, come potranno gli uomini sfuggire all'ira divina, nonché olimpica, dato che neanche tutte le grotte della Focide potranno accogliere quelle moltitudini in fuga?" Tra i giovani si levò un mormorio e alcuni di loro scossero la testa, come per rassegnazione. L'anziano rivolse gli occhi al cielo e cominciò a seguire lo strano volo di una rondine che sembrava disegnare una scritta nell'aere terso. Quindi sentenziò di nuovo: "In questo momento vi dico che Dike mi ha inviato un alato messaggio, che dovrete tramandare alle vostre stirpi. Ecco, sappiate che gli Dei, dopo un lungo Concilio, hanno deciso che l'equilibrio si manterrà nell'Ellade, se a ogni discoteca costruita, corrisponderà una biblioteca di pari importanza. Questo è il volere olimpico di cui ora siete diventati messaggeri."
La notte intanto era calata ed erano sorte le Pleiadi, salutate da grilli infiniti.

SIN DUDA INOLVIDABLE Y YA OLVIDADA,

DI CERTO INOBLIABILE E OBLIATA,

HO FATTO UN SOGNO
Paolo Pelliccia

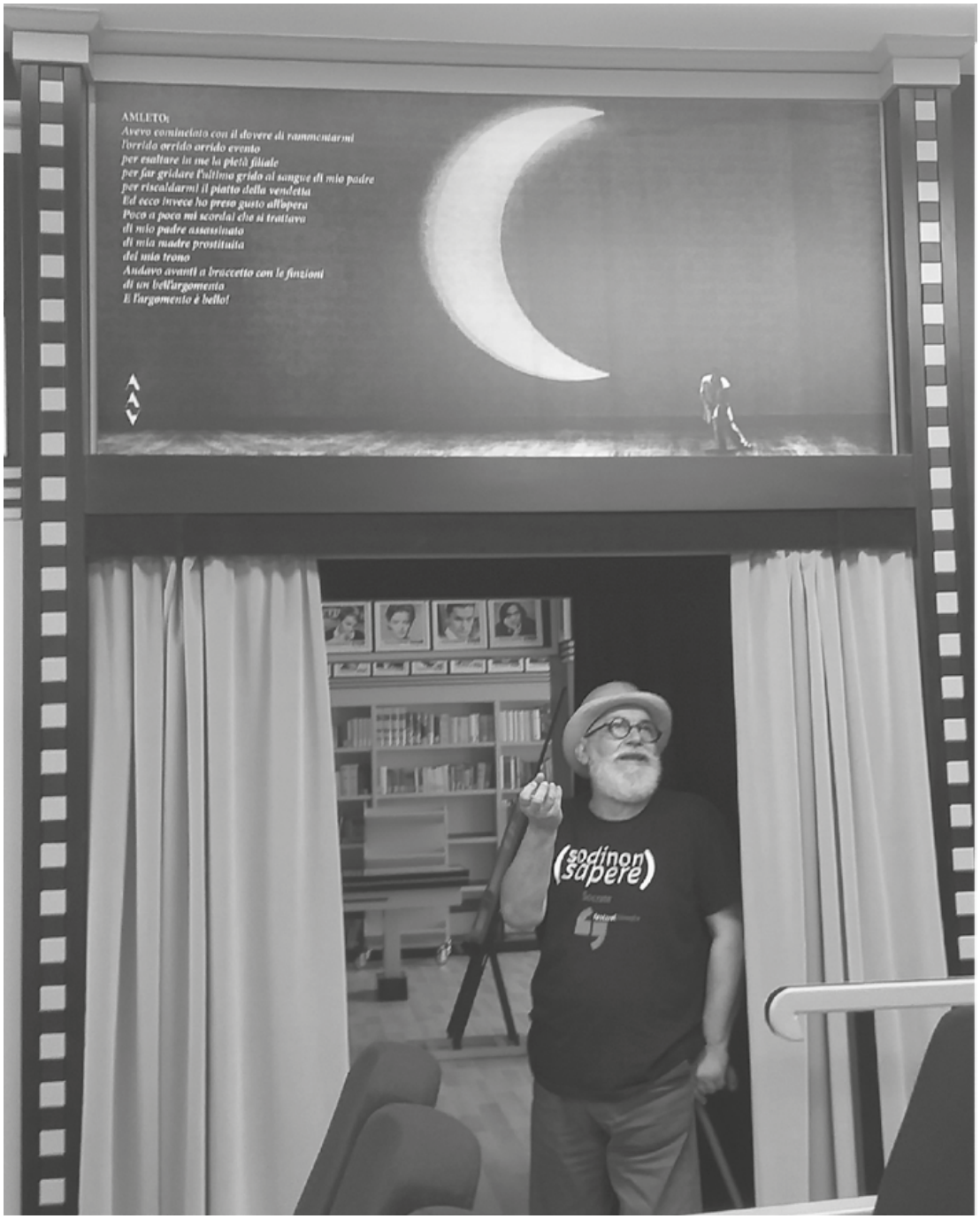
Post mediam noctem visus, cum somnis vera
(Hor., Sat., X, 33)

Ho fatto un sogno dopo mezzanotte, nel momento in cui – come dice Orazio – i sogni sono più veritieri. Un sogno di unione, di sistematica fedeltà d'intenti e di visione tra le principali entità culturali della città di Viterbo. Un sogno nel quale la Biblioteca era unita in una sola e grande sede. Un sogno nel quale la Biblioteca e l'Archivio di Stato erano stretti in un abbraccio di vicendevole aiuto e collaborazione, mettendo mutualmente a disposizione i propri tesori e tutelando insieme le fonti e i documenti del passato a servizio di un futuro di rinascita. Un sogno nel quale il Laboratorio di Restauro sopravviveva e anzi risorgeva dalle ceneri e dalle avversità di una decadenza continua, tornando a giocare un ruolo centrale di tutela e salvezza per il patrimonio storico locale. Ho fatto un sogno, e questo sogno era allietato dalla musica di giovani riuniti nelle sale di una scuola di musica che li spingeva a sognare un mondo diverso, fatto di armonie e di sistematica collaborazione, un mondo governato dal "*dulcem strepitum*" d'Orazio (Od., IV, 3, 18). Ho sognato che la musica della vita pubblica possa ancora cambiare e che non sia più l'orrida musica del contrasto. Orazio diceva che a molti piace il suono delle battaglie e degli scontri ("*Multos castra iuvant et lituo tubae / permixitus sonitus bellaque […] / detestata*" Sat.,I, 23 -25), ma io voglio continuare a sognare che le Istituzioni possano collaborare, che possano costruire un vero e proprio Sistema focalizzato verso il bene del cittadino.

Auditis, an me ludit amabilis insania
(Hor. Od.,III, 4,5)

Sentite? O son io ad esser tratto in inganno da una gradita illusione?

Brano tratto da Rinascita, editoriale del Direttore Paolo Pelliccia, per il numero 1/8 2020 di Biblioteca & Società, rivista della Biblioteca Consorziale di Viterbo. In questa pagina e nella successiva, Paolo Pelliccia fotografato in due angoli della Biblioteca



EL ROJO ESPEJO OCCIDENTAL EN QUE ARDE

IL ROSSO SPECCHIO A OCCIDENTE IN CUI ARDE

IL SOGNO DEL BIBLIOTECARIO

Tiziana Gazzini

Nella sua casa piena di libri, dove fatica a muoversi, dove colonne di parole rilegate scandiscono percorsi ancora ignoti e trincee di titoli in ordinato disordine tracciano l'illusione di una possibile difesa della posizione, il bibliotecario a sera si arrende. Le ore della veglia, lo sa, non basteranno mai per leggerli tutti. Non basteranno nemmeno per catalogarli, schedarli, dare loro una collocazione che li renda fruibili. Mentre si sdraia sul letto sa solo che a portata di mano, accanto a lui, tra le lenzuola, sul pavimento, sul comodino ci sono le poesie, i romanzi, i saggi, i testi teatrali, le storie che lo stanno accompagnando nelle notti delle ultime lune. Li ha letti? Li leggerà? Troppo stanco dalle letture diurne, non trova una risposta. Ma sa che la sua trincea, come una volta la chiamò un cieco veggente, sarà l'ultimo avamposto dopo l'apocalisse di acqua e di fuoco, quando i computer si spengeranno, e anche i telefoni smetteranno di squillare. E a fare luce resteranno la fiamma di una candela, la mente di un lettore, e, nel cielo, le stelle.
Il sogno d'angoscia del bibliotecario s'interrompe in un sussulto e lo lascia in un bagno di sudore. Temperature torride da cui non c'è riparo. Condizionatori spenti, energia che scarseggia. La realtà irrompe come un altro incubo. Sul letto e sul comodino il bibliotecario ritrova i libri che ha appena sognato. È turbato. Da quale porta sarà uscito il sogno della notte? Sarà un vaticinio fallace uscito dalla porta d'avorio o un allarme attendibile che ha trovato la strada della porta di corno? Non ha tempo per approfondire la questione.
Lo sta aspettando la sua trincea diurna in un altrove dove i libri sono ben ordinati, catalogati e schedati. Facilmente fruibili dai frequentatori della Biblioteca affidata alle sue cure.
In uno dei rari momenti di pausa, nella sua stanza tutta grigio piombo e arancio, come ha voluto che fossero anche gli altri spazi della biblioteca, mentre chiude gli occhi per raccogliere i pensieri, ripensa al sogno della notte. E d'un tratto la soluzione del dilemma diventa chiara: sogno uscito dalla porta di corno, allarme attendibile.
Senza lasciare alla notte le tentazioni della cultura classica in cui si muove a suo agio, si lascia andare a un nuovo sogno, questa volta a occhi aperti.

LETTERA PER UNA NUOVA BIBLIOTECA

Elio Pecora

La biblioteca come spazio della mente, prima che del corpo. Una stanza come quella in cui asseriva di danzare, e incomparabilmente, la cubana Alicia Alonzo, lei priva della vista, o come quella, in cui dava parole agli anni e alle onde Virginia Woolf. Una stanza aperta nel tempo fuori del tempo, affacciata sull'infinitezza dell'attesa, sull'indeterminata domanda di chi pretende di esistere oltre il vuoto e il niente.
La biblioteca di Borges come ininterrotta domanda, come percorso instancabile incontro a una luce mai spenta, pure mai raggiungibile. Perché non ha traguardi la conoscenza: che si nutre di desiderio, di per sé mancante.
Una moltitudine di carte, di mappe, di segni, nei quali il mondo e la vita si mostrano, si rivelano. E la complessità si dipana per tessere nuove trame, e il mistero schiude porte verso altre porte. Qui la memoria compie i suoi fasti. Qui le storie dell'uomo sono le storie di ognuno e di tutto: l'albero e il bruco, la pozzanghera e il cielo, l'arma che uccide, la carezza che accompagna, il riso del folle e quello del sapiente, la fragilità e il vigore, la precarietà e la durata. Qui si dipana con i suoi saperi la scienza, qui il divino fa trapelare i suoi tragitti.
Parmenide ascende ai cieli dell'inconoscibile e ne lascia un poema. Ben prima, dai Sumeri a Omero, ancora prima i graffiti della preistoria, l'umano si rende specchio e testimone di sé e del mondo in cui gli è dato esistere. Millenni di consegne, di testimonianze. Una restituzione che traversa le ere, che costituisce un'alleanza. Un lascito immenso, uno smisurato patrimonio: l'unico inestinguibile.
Una biblioteca da inventare e reinventare in un'antica città. Grazie all'entusiasmo e al fervore di un piccolo gruppo di uomini e di donne. Credono costoro in una vita degna di essere chiamata tale. Credono nella salute del corpo tutt'una con la salute della mente, e di quel che ancora nominiamo anima. Una biblioteca che tutti accolga e unisca sotto il segno della cultura: come cura, attenzione, pensiero che si raggiunge e si compie, tragitto gioioso e necessario.
Così la città, Viterbo, in questo luogo scelto e amato, in questa casa comune, e per questa così vasta accolta di opere, arriva a significare e a comprendere tutte le città e i paesi, tutti i continenti e i mari, e ogni creatura della terra e dell'aria, e l'intero universo. In questa comunanza è una crescita, prima ancora un'insperata uguaglianza.

I testi di Elio Pecora e Luigi Serafini, sono tratti dal volume UNA BIBLIOTECA. Il progetto per la sede unica della Biblioteca Consorziale di Viterbo, pp. 172, Ed. Biblioteca Consorziale Viterbo, 2022
Si ringrazia l'editore per averne autorizzato eccezionalmente la pubblicazione sulle pagine di SUD dedicate alla Biblioteca di Viterbo, insieme alle illustrazioni di Luigi Serafini (pag. 11) e alle altre foto.

Chi fosse interessato a ricevere il volume UNA BIBLIOTECA

che contiene, tra l'altro, studi, approfondimenti e riflessioni di: Lorenzo Abbate, Giulio Ferroni, Vito Mancuso, Italo Moscati, Carlo Piano, Giovanni Solimine, Caludio Strinati, Patrizia Valduga

può farne richiesta a
Biblioteca Consorziale di Viterbo
Viale Trento, 24
01100 VITERBO
0761 228162

UNA ILUSORIA AURORA. ¡CUÁNTAS COSAS,

ILLUSORIA UN'AURORA. QUANTE COSE,

VENTI DI CULTURA
Gigi Spina

Alla fine arrivò il giorno del caldo torrido. L'inizio del giugno 2166. 40 gradi fissi. Chi non ci aveva mai creduto dovette ricredersi; e chi ci aveva creduto da sempre ne ricavò una magra consolazione. Il caldo era torrido per entrambe la fazioni di quell'umanità condannata al sudore eterno. Non era servito a nulla ridurre le emissioni di nessunopiùsapevacosa, anche se un tentativo era stato fatto dalle Nazioni Unite, qualsiasi regime politico praticassero. Alla fine i capi del mondo, presidenti eletti, dittatori autoconfermati, capitribù e incappucciati vari (poche, come sempre, le donne al potere) si arresero: "Fate quello che vi pare, difendetevi come potete, pregate, bagnatevi, ma ricordate che anche l'acqua sta per finire e la corrente elettrica è all'ultimo razionamento". Messaggio a reti unificate.

Pasquale Matti lesse il testo sul *display* del *microtablet* inserito nel lobo destro, quello della memoria. Sorrise. Sapeva da tempo che si sarebbero arresi, che d'ora in poi si scatenava la lotta del tutti contro tutti, *dell'homo homini lupus, dell'amicus Plato, sed magis amica vita*. La propria. *Con la mors altrui*. Sì, Pasquale Matti aveva fatto il liceo classico, un po' di anni prima: l'unico corso quadriennale sopravvissuto alla progressiva abolizione della scuola, per mancanza di ventilatori e condizionatori, nonché di studenti da condizionare.

Sorrise, perché lui ci pensava da tempo alla soluzione, quando sarebbe arrivato l'inevitabile, torrido giorno. Li aveva messi da parte uno alla volta, partendo dalle case dei parenti e degli amici più stretti, che non credevano ai propri occhi. Liberarsi di tutte quelle cartacce inutili, riproducibili ormai in un numero sostenibile di giga da portare sempre con sé. Dopo la cerchia dei conoscenti, Pasquale Matti si era dedicato agli abitanti della sua regione, poi della nazione intera, infine degli stati limitrofi, con qualche puntatina oltre oceano. Ci aveva messo una ventina di anni, dalla fine del liceo classico, appunto.

Il suo appartamento ne era ormai strapieno, in ogni stanza e nel lungo corridoio. Non li aveva ordinati per autore, naturalmente, ma per formato e consistenza, in una combinazione di altezza e numero di pagine.

Non si trattava ormai di qualità, ma di quantità: i libri premiati, i saggi fondamentali non servivano a nulla se non erano alti almeno 20 centimetri, con al massimo 100 pagine, fogli sottili.

Doveva prima liberarsi dei volumacci, dei romanzi fiume, dei volumi strenna, lussuosi ma pesantissimi, dei saggi filosofici e sociologici che inondavano di parole senza alcun ritegno, delle enciclopedie. Dopo qualche ora non servivano più. La mano, destra o sinistra, cominciava a soffrire di crampi fra il pollice e l'indice.

Li si poteva usare di nuovo dopo qualche giorno, certo, ma alla lunga la mano si sarebbe anchilosata, le dita si sarebbero bloccate in una morsa indistricabile, fino alla paralisi totale.

Usa e getta, dunque, stando attento - si ammoniva ogni volta Pasquale Matti - a non farsi prendere dal gusto sadico del rogo. Ci mancava solo quel calore.

Doppiamente stronzi, invece, quelli che nel corso dei secoli si erano divertiti a distruggere libri invece di pensare al futuro.

Esaurita la prima scorta pesante, dunque, sarebbe rimasta, e sicuramente sufficiente a coprire gli anni della sua vita, anche se avesse toccato il limite dei 130-140 anni, la vera e propria biblioteca ventaglio.

La forma breve si era rivelata ancora una volta la scelta giusta, da parte di scrittori e scrittrici, consapevole o inconsapevole che fosse: aforismi, proverbi, pensieri sciolti - certo, con i limiti indicati sopra.

Pasquale Matti passò in rassegna un'ultima volta le sue truppe di ventilatori colti: in canottiera e mutande, come si addiceva a un condottiero capace di affrontare il cambiamento climatico, il nemico mortale. Lotta all'ultimo libro-ventaglio.

Mentre cominciava ad agitare ritmicamente la mano col primo volume di un'enciclopedia, si ricordò dell'ultimo giorno di scuola, quando i compagni e le compagne di classe lo avevano salutato augurandogli una buona vita.

Solo lei si era fermata per un attimo, staccandosi dal gruppo e mettendogli in mano, arrossendo, un volumetto di un centinaio di pagine, di discreta altezza: gli epigrammi di Marziale.

Brevi, maneggevoli, capaci di un venticello rinfrescante e durevole.

Lo avrebbe riservato alla fine, all'ultimo soffio.

POESIA
Alexandra Petrova

Lingua maledetta, crepa,
non hai il diritto di fare qui poesiole da giullare
spuntando untosa dalle schiene dei corpi accatastati
nelle fosse
o lasciati a decomporsi per strada,
rivoltati da cani abbandonati,
le tasche squillano di telefoni scarichi,
lingua, sei stata tu a ordinare la fucilazione,
tu a legare le mani,
tu a balbettare e muggire ritmicamente
mentre strappavano la tenera pelle dei bambini,
sei tu la traditrice,
perché ti intrufoli in me ogni giorno,
vai via, non rivangare,
scompari,
restituiscimi le chiavi di me stessa, i miei beni,
sei tu la stupratrice,
sederai sul banco degli imputati,
e quando ti porteranno a essere giustiziata,
ti trascineranno a essere squartata,
non vacillerò, non piangerò,
non mi girerò nemmeno, lingua.
Senza di te, non ci sono più.

Foto di Rino Bianchi

A DOPPIA MANDATA (BAGATELLA DELLE PORTE)

Giorgio Mascitelli

Nella casa dove talvolta Guido della Veloira si trova a soggiornare egli deve fare grande attenzione alle porte. Il problema è innanzi tutto l'assenza di un ordine generale relativo a tutte le porte, di porta in porta la situazione muta. Vi è una muta gerarchia tra le porte che nel suo silenzio spicca ancor più fragorosamente: la porta del bagno è quella che occupa la posizione principale come dimostra la dovizia di avvertimenti che la concernono; essa deve restare chiusa durante il giorno, salvo il momento in cui la si apre per accedere ai servizi, e di notte deve restare aperta per far circolare l'aria nell'appartamento dalla finestrella del bagno, che è sempre aperta, ma questo ordine notturno non è valido nelle notti di vento, che non sono rare nel posto dove si trova la casa, qualora sia aperta la finestra della cucina perché si creerebbe una corrente d'aria fastidiosa, con l'eccezione delle notti estive di calura, non frequentissime ma comunque presenti nel luogo dove si trova la casa, nelle quali detta corrente è al contrario auspicabilissima. Occorre quindi nella penombra della notte, nel cuore della quale magari ci si è destati per espletare il più ovvio dei bisogni, procedere a una veloce analisi metereologica della situazione per decidere se chiudere o meno la porta all'uscita del bagno. Un paio di volte Guido della Veloira assonnato in preda all'incertezza ha optato per una soluzione compromissoria lasciandola accostata, della quale al risveglio al mattino si è tacitamente redarguito per primo. La centralità della porta del bagno è dimostrata dalla natura sussidiaria della porta delle stanza nella quale Guido della Veloira dorme, le cui apertura e chiusura notturne sono direttamente correlate sia pure in forma inversa alla posizione della sovraordinata. È comunque un destino migliore di quello della porta della dispensa, chiusa per definizione senza bisogno di giri di parole o di preamboli, così come quella della cucina è sempre aperta nella stessa modalità, mentre la porta dell'altra stanza da letto della casa, ora aperta ora chiusa, sembra partecipare della stessa natura di quella dove dorme Guido della Veloira sebbene a lui non sia stato comunicato alcun tipo di regola che riguardi questa seconda stanza. La porta del salottino, invece, sembra godere dello stesso privilegio che fu accordato a Dioneo perché è aperta o chiusa a orari intermittenti senza nessun criterio, al massimo a seguito di una richiesta specifica e occasionale, ma soprattutto questa anarchia non è oggetto né di rimproveri né di rimostranze. La porta della biblioteca, secondo Guido della Veloira, dovrebbe restare aperta per definizione: così gli hanno insegnato e così lui ripete con convinzione e invece no, non solo spesso è serrata a chiave, ma anche i libri sono chiusi a loro volta negli scaffali della libreria dentro teche di vetro che non si debbono aprire se non eccezionalmente e motivatamente. I libri sono fragili e s'impolverano, per questo non si possono usare, devono stare in una libreria chiusa dentro una stanza chiusa, e non importa se è difficile consultarli. Ma Guido della Veloira non ama soffermarsi troppo sui misteri del collezionismo né su quelli dell'accumulazione e s'ingegna a rispettare questo divieto contro natura.

L'unica porta che possa competere per rilievo con quella del bagno è quella d'entrata nell'appartamento, dove però non è questione di apertura o chiusura, ma di modalità della chiusura. Se la porta è da chiudere a chiave solo nelle ore che sarebbero del coprifuoco se vigesse la legge marziale oppure nelle giornate di vento, cosa di per sé chiara e naturale, di statuto più complesso si rivela l'operazione in sé della chiusura che deve essere precisa e rapida per evitare d'inverno l'entrata del gelo e d'estate quella delle mosche e delle zanzare nell'ora in cui le prime cedono alle seconde.

Come si sa, uno dei topos delle fiabe paurose e dei film dell'orrore è l'intimazione 'non aprite quella porta', ma qui Guido della Veloira si trova a vivere una condizione ben più complessa perché il suo problema è sì talvolta non aprire, ma talvolta è aprire oppure chiudere o anche non chiudere e poi chiudere in un certo modo. Le intimazioni non sono affatto chiare e sono molteplici e nascoste e spesso si presentano in forme amichevoli o contraddittorie, ben diversa è insomma la situazione rispetto ai tempi delle favole, quando i re erano re e gli impiccati erano impiccati, allorché il protagonista spinto dalla curiosità infrangeva il divieto emesso da una precisa personalità e apriva quella porta e magari finiva pure all'inferno, ma poi sapeva di uscirne o addirittura ne traeva dei vantaggi, facendosi perdonare per l'infrazione o incontrando qualcuno di risolutivo per la sua vita. Qui in tutto questo aprire e chiudere senza ordini espliciti, ma solo con richiami a regolamenti e scelte obbligatorie tra due possibilità imposte, Guido della Veloira perde la testa senza la possibilità di ritrovarla come nelle fiabe. Una notte addirittura rientrando dal bagno ha battuto il naso nella porta di camera sua a tal punto era impegnato a riflettere se la porta del bagno quella notte andasse lasciata aperta o chiusa. Le cose stanno così: viviamo del resto in un purgatorio artificiale, sebbene con tutti i comfort.

Guido della Veloira è convinto che il fine di questa intensa attività regolativa, nonostante i disagi che gli provoca, sia una salubre circolazione dell'aria e la sicurezza dell'appartamento. Fa sua insomma la spiegazione ufficiale, ma non sa che un'altra finalità non esplicitata è quella di lasciare un'impronta indelebile nel suo spirito; non è un effetto collaterale, ma va considerata più precisamente come un'ulteriore finalità. Quanto alla sicurezza: forse che le cure del giorno e i timori per la nostra salute non troveranno modo di incunearsi in questo sistema di porte chiuse, di trovare scanalature, piccoli fori, di incamminarsi sotto microscopici spazi negli stipiti come una lunga fila di formiche nere?

Se bastasse non aprire quella porta o al limite aprirla come ai tempi delle fiabe, dei re e degli impiccati, tutto sarebbe più facile e anche la scelta di Guido della Veloria sarebbe più semplice: ubbidire o non ubbidire all'unica grande paura. Qui invece c'è tutta una complessa architettura che afferma che se Guido apre o non apre quella porta, poi dovrà chiudere o non chiudere un'altra con conseguenze imponderabili, che però Guido deve scegliere liberamente, che soprattutto non deve aver paura, che non c'è bisogno di aver paura perché la paura è un retaggio del passato e quindi come tale non ha ragion d'essere oggi, al massimo esistono delle conseguenze imponderabili se lui sceglie di aprire e di chiudere ciò che andava rispettivamente chiuso e aperto o anche di chiuderlo o di aprirlo con una tempistica e una modalità sbagliate. Forse la soluzione sarebbe quella di affidare l'apertura e la chiusura delle porte a un supertelecomando o a un robottino domotico che sappia quali, come e quando porte aprire. Certo così sarebbe impossibile evacuare o riposare alle ore volute, ma a questo forse il supertelecomando o il robottino domotico saprebbero ovviare con un surplus di procedure. Quello che diventa invece irrimediabile è ogni evasione fisica e mentale: quella che hanno costruito è una casa perfetta senza vie di fuga possibili. Uno potrà dire che questa è solo un'impressione perché nulla di umano o di artificiale potrà essere perfetto, ma un altro potrebbe rispondere che vivere con un'impressione del genere sulle spalle non è certo una favola.

Foto di Salvatore Di Vilio

FUORI TEMPO

Carmine Vitale

I giorni tristi non nascono insieme a noi
ma arrivano così e diventano per alcuni un 14 giugno
un 1° dicembre un 23 settembre
E non colmano buchi
Ma aprono voragini diventano libri segreti,
disegnano i margini più profondi che stenti a riconoscere
E sulla soglia infinita dei momenti passati posso dirti che:
Papà questo va bene anche per te
Come una lista delle cose da fare
Come una parola regalo di un amico lontano.
Si vedono da un angolo dell'anima: tre o quattro punti, basi di trasbordo del reale, un abisso di acquazzoni e stelle, la distribuzione degli elefanti sulle isole, un seme di cumino. Maradona da vicino
E pure mamma ormai.
Lo sai?
Non ti ho ancora mai sognato
E mamma solo una volta nel mattinale non ben definito di un Alba appena ad inizio estate ma di sfuggita.
Tutto qui
riscrivo quello che di quei giorni mi è rimasto dentro una solitudine troppo rumorosa mentre passano i segreti, le piccole colpe
le cose da poco, i libri che mi avete lasciato.

PRIMO ASSIOMA

Anna Smeragliuolo Perrotta

[…] vorrei, disse, che la morte avesse almeno indugiato finché avessi del tutto compita la vostra Biblioteca.

Un'intuizione, una sensazione, una costruzione.
Una rivelazione? Un desiderio. Mi si è presentato sempre, qualunque cosa sia, mentre avevo un libro tra le mani. Platone, capitolo XXXII dell'*Apologia* di Socrate: sarebbe bello morire se si potesse dialogare con Orfeo, Museo, Esiodo e Omero.
Saffo, *Ode del Sublime*: sono verde, sono più verde dell'erba, poco lontana dall'essere morta.
E, o Silvia, al tuo perpetuo canto. Io conoscevo quello di mia nonna intenta, la mia nonna dagli occhi bianchi più dell'acqua, che con l'uncinetto, maglia dopo maglia, avrebbe potuto ricamare la *Divina Commedia*. ABA BCB CDC DED EFE: grazie a lei aprire Dante è come veder crescere un ricamo all'uncinetto.
Una traccia? Un aspetto, un modo?
«Ché se Marco Tullio si rallegrava tanto per il ritorno di Marcello dall'esilio, e in un tempo in cui a Roma di Marcelli ce n'erano tanti, ugualmente egregi ed eccellenti in pace e in guerra, che devono fare i dotti, e soprattutto gli studiosi di eloquenza, ora che noi abbiamo richiamato, non dall'esilio, ma quasi dalla morte stessa, tanto era lacero e irriconoscibile, questo singolare ed unico splendore del nome romano, estinto il quale restava solo Cicerone? E infatti, per Ercole, se non gli avessi recato aiuto, era ormai necessariamente vicino al giorno della morte». Un libro può morire, con le sue pagine sudate, rosicchiate, ammuffite, bruciate. Può rinascere. Come uno dei codici che Poggio Bracciolini trovò nel monastero di San Gallo.
Rinascimento. Il primo poeta per i Greci fu Orfeo. Le cose meravigliose che si raccontavano di lui spiegano anche la nascita della letteratura. I limiti fra la vita e la morte sono irrevocabilmente fissati: non è possibile riportare in vita la sua sposa, nemmeno per il poeta straordinario, in grado di commuovere le pietre, di arrestare i fiumi e le belve, desiderosi di ascoltarlo, capace di piegare Ade e Persefone. Ma un istante è stato guadagnato. Un'ultima volta l'ha vista, ancora ha sentito la sua amata voce. Orfeo. La letteratura è quanto di più vicino io possa immaginare alla sospensione della morte e alla rinascita. *Nox est perpetua*. Nello stesso tempo un monito continuo alla condizione mortale di noi che la generiamo, la trasmettiamo, ne godiamo. Un giorno mi piacerebbe morire leggendo: come Petrarca col suo Virgilio. E morendo mi piacerebbe sentire nel sangue il desiderio, come Lorenzo de' Medici, di rimanere in vita solo per avere il tempo da dedicare a una biblioteca. E trovare la forza come Socrate, al pensiero che ciò, per cui mi pare valga la pena vivere e morire, mi renderà ancora felice. Ancora: e il suon di lei, la realtà che non si vede? Un sentimento? Un respiro. Oppure uno spazio: quello di una galleria esagonale.

Foto di Salvatore Di Vilio

LÁMINAS, UMBRALES, ATLAS, CÓPAS, CLAVOS,

ATLANTI, LIME, SOGLIE, COPPE, CHIODI,

Minutiae collectare

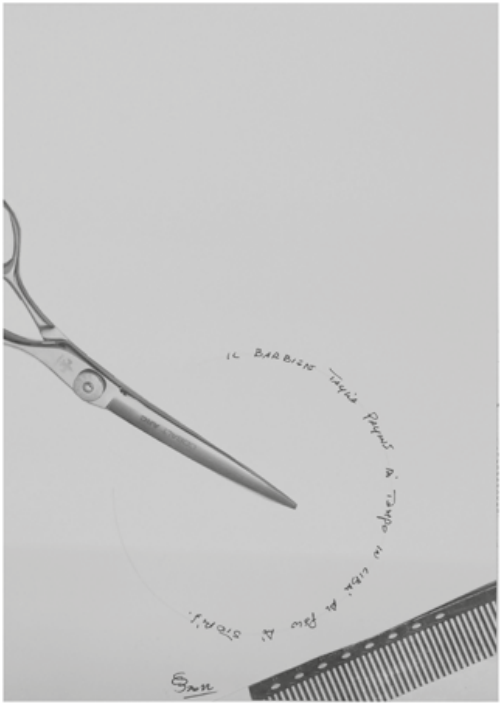
Io nella biblioteca del mondo ci sto
vivo altrove ma in pensiero spesso ci vo
ivi sono i ricordi del mio passato
i sogni del rivivere in testo futuro
futuribile che fa segno di là dal muro
libri non scritti che zompano giovani
quando li penso da rilettura portato
ecco perché possederli mi giova
se non avessi altro sarei come il bo
che lento zoppicando caccia l'aura
mentre fra noi ancora esiste un'aura.

di Jean-Charles Vegliante

RIVISTA EUROPEA
REVUE EUROPÈENNE
EUROPEAN REVIEW
EUROPÄISCHE ZEITSCHRIFT
REVISTA EUROPEA

sud

17



Maurizio Esposito

Spesso sono stato tentato.
Tentato di farla finita col barbiere.
Di abbandonarmi alla barbarie della barba lunga.
Ed al pari dei capelli.
Desiderare l'aspetto di un naufrago.
O di un uomo nel deserto per anta e anta giorni.
C'è qualcosa di erotico in tutto ciò?
Non è l'erotico prima di tutto.
Se poi qualcuno trova tale immagine erotica...
Forse è un immaginario di protesta.
Forse è voler mostrare il tempo.
Perché il tempo è esperienza.
Il tempo è garanzia del vissuto.
Lo sbarbatello viene infantilizzato.
Ed io sono stanco di essere considerato giovane.
Stanco perché con la scusa che sei giovane...
E poi non sono giovane.
La mia generazione è condannata all'eterna giovinezza.
Ad essere giovane in un corpo più che maturo.
Perciò desidero pelame lungo e grigio.
Perché si avverta la fatica che ho fatto.
Perché posso testimoniare fatti che nessuno oggi crederebbe.
Situazioni che nessuno oggi ricorda.
Perché ho più di vent'anni di libri che non so dove mettere.
(E meno male che in questi vent'anni c'è stato anche il digitale).
Perché in vent'anni mi pare di essere passato dall'assalto al cielo all'assalto alla farmacia.
E vent'anni fa avevo già più di vent'anni.

Stefano Taccone

QUANDO I TOPI DI BIBLIOTECA MANGIANO CAMEMBERT

Monica Battisti

Esistono biblioteche o archivi dove l'attività convulsa dei lettori intenti a scartabellare carte, cartoline e scartafacci di ogni tipo, generalmente appartenuti a gente morta da almeno cinquant'anni, sotto lo sguardo attento di archivisti pronti al minimo cenno di disobbedienza civile ad applicare scrupolosamente la normativa vigente in materia di consultazione e utilizzo di dati sensibili e sensibilissimi, si accompagna ad altre attività non meno esagitate, ma decisamente più ristoratrici.
È il caso, in Francia, dell'IMEC, ovvero l'Institut des Mémoires de l'Édition Contemporaine, uno dei templi della ricerca nel campo letterario e editoriale del '900. Esso occupa dal 2004 gli spazi dell'Abbaye des Ardennes, nel bel mezzo della campagna normanna: un complesso abbaziale risalente al XII secolo, dotato di muro di cinta con portali, chiesa, scuderie, edifici conventuali *et tutti quanti* (come amano dire i francesi conferendo agli oggetti le qualità di un gruppo umano), trasformato all'occorrenza in cittadella fortificata per lettori e ricercatori. Dopo essere sbarcati alla stazione di Caen, all'ombra del castello di Guglielmo il Conquistatore, questi ultimi si lasciano condurre da un taxi convenzionato fino a quel paradiso terrestre della ricerca *hors du temps* che è appunto l'IMEC: a prezzi estremamente modici – calcolati sulla base delle spese vive –, si confineranno all'interno delle mura per un periodo più o meno lungo trovandovi il *buen retiro*. Il tempo interno è scandito non solo dagli orari di apertura della chiesa, la cui navata centrale accoglie proprio i lunghi tavoli destinati alla lettura e alla ricerca, bagnati dalla luce proveniente dal rosone e dalle vetrate, ma anche dall'alternanza dei pasti: nell'antico refettorio dell'abbazia un eccezionale cuoco propone a buffet i piatti tradizionali normanni o più generalmente francesi, con al seguito l'immancabile selezione di formaggi locali, in un'atmosfera raccolta e intima che incoraggia naturalmente gli scambi sociali tra i residenti. Al termine di una giornata densa di letture e scoperte a partire dai manoscritti di Duras, gli appunti di Derrida, le lettere di Ungaretti, le fotografie di Bona de Pisis o le edizioni Hachette, intervallata da fresche passeggiate lungo il perimetro della cittadella immersa nel silenzio, ci si ritira nei dormitori, un tempo appartenuti al *farinier*, che ormai di monastico hanno ben poco.
Al confronto dello Château di Cerisy-la-Salle, però, l'IMEC sembra nient'altro che un giocattolino da principianti. L'emozione è incontenibile quando, superando il vecchio ponte levatoio, dopo essersi fatti strada tra lussureggianti giardini, si raggiunge il grande complesso di inizi '600 che condivide con l'IMEC quanto meno la posizione geografica normanna, l'offerta di una residenza unica sotto molti aspetti, la vocazione per la ricerca e lo scambio intellettuale: in questo centro culturale di importanza storica, fondato ufficialmente nel 1952 sulla scia delle Decadi di Pontigny, sono infatti passate figure come Heidegger, Ionesco, Barthes, Derrida – tra le tante che si possono individuare nelle fotografie d'epoca esposte in bella vista all'ingresso del castello (toh, qui Sanguineti con Ungaretti!, e lì, Eco!). Figure che proprio in quella sede hanno elaborato nozioni centrali come la derridiana *différance* o formato gruppi come l'Oulipo.
Gli scopi di Cerisy, comunque, non sono gli stessi dell'IMEC: per quanto ci sia chi decide di passarvi un determinato periodo per godere esclusivamente dei volumi rari (o documenti d'archivio) ospitati nella splendida biblioteca del castello nonché dell'archivio vivente rappresentato dalla sua storica direttrice, la residenza è effettuata soprattutto in occasione dei convegni che hanno una durata di otto-dieci giorni, e che si susseguono seguendo un fitto calendario. L'alloggio per gli ospiti è assegnato in modo apparentemente casuale, in realtà secondo lo status del partecipante, stabilito presumibilmente con un certo grado di arbitrarietà: le stanze, ricavate dalle scuderie, la fattoria, il granaio o l'ala centrale del castello, pur avendo tutte un particolare *charme*, variano sempre soprattutto per grandezza e vista di cui si gode. Le chiavi sono abolite: il soggiorno al castello si deve basare sulla completa fiducia tra gli ospiti. Lo Château di Cerisy-la-Salle, così, diventa per una decina di giorni un luogo in cui natura e cultura si incontrano senza sforzo alcuno, lo scenario naturale e architettonico di letture, conversazioni, passeggiate. Il luogo in cui il figlio di uno dei fondatori dell'Oulipo può illustrarti dettagliatamente tutte le piante delle vaste aree verdi del complesso prima di una partita a biliardo nelle vecchie cantine del castello opportunamente riconvertite. In cui i pasti, sempre preparati da cuoche dei paesi limitrofi con i prodotti locali, momento fondamentale di scambio intellettuale ancor più delle ore di convegno vero e proprio, sono annunciati da una campana che risuona in tutta la struttura, finanche alle sponde del suggestivo laghetto, e allorché ti ritrovi accanto alla brillante direttrice ormai ottuagenaria, ti fai raccontare di quando Eco suonava il flauto ogni sera tardi e di come, a quello stesso tavolo, tuonava ridanciano Ungaretti.
Checché ne dica Esopo, insomma, i topi da biblioteca di città farebbero proprio bene a non lasciarla più, la campagna normanna. Lì gli archivi e le biblioteche urbane sono solo un lontano, polveroso ricordo.

NOS SIRVEN COMO TÁCITOS ESCLAVOS,

CI SERVONO COME TACITI SCHIAVI,

LA BIBLIOTECA DELL'INFINITO

Mario Bernardi

Nel cuore antico di Napoli, in quello splendore neoclassico giacobino e borbonico che è la piazza del Plebiscito, si affaccia, dirimpetto alla chiesa-tempio-pantheon-ex voto-foro murattiano di San Francesco di Paola, il magnifico e solenne Palazzo Reale. Oggi una relativamente piccola parte del Palazzo, ovvero gli appartamenti colmi di capolavori, la cappella, il teatrino di corte, il magnifico scalone monumentale ed i giardini pensili, sono aperti al pubblico, mentre il resto del complesso, oltre ad ospitare uffici, è la sede della Biblioteca Nazionale Vittorio Emanuele III, la terza in Italia per numero di volumi conservati: quasi due milioni fra volumi a stampa, manoscritti, opuscoli etc. La Biblioteca prende il nome da Vittorio Emanuele III, e non giá II, perchè proprio durante il suo regno, nel 1927, venne inaugurata l'attuale sede in quelli che erano gli ex appartamenti principeschi, e che poi andò arricchendosi negli anni di ulteriori fondi e collezioni, fino a raggiungere l'attuale numero.

Il nucleo più antico è quello della biblioteca Borbonica, giá ospitata nel Palazzo degli Studi, oggi sede del Museo Archeologico, che raccolse, fra le altre collezioni settecentesche, quelle dei Gesuiti quando questi vennero allontanati dal Regno di Napoli nel 1767, anzi imbarcati nottetempo in fretta e furia e fatti sparire perchè invisi al Re di Spagna e quindi pure al figlio.

Nel periodo murattiano sará proprio un ex gesuita, lo spagnolo Juan Andrés, a gettare le basi della letteratura comparatistica con le sue opere, scritte in italiano, e fondate su quell'idea di letteratura universale come prodotto fondamentale dell'umanesimo in ogni sua forma e disciplina. Una sorta di riflesso tardo dell'illuminismo che però noi oggi, soffocati da testi, notizie, informazioni scientifiche, musica e "cursiositá" sparate continuamente su tutti i *mass* e *social media*, non possiamo non accogliere come un vangelo nella societá dell'informazione e della conoscenza globali.

Andrés scrisse fra le sue molte opere, fra cui *Dell'origine, progressi e stato attuale d'ogni letteratura,* anche *La Biblioteca Real de Nápoles*. *Los expolios y la fuerza de la memoria*, in cui denunciava il saccheggio di opere che sin dalla fine del settecento avveniva degli antichi volumi presenti nelle biblioteche partenopee e che alimentavano il vorace mercato antiquario giá da allora; difesa che forse gli valse la possibilitá di poter continuare a mantenere il suo posto di bibliotecario anche con la restaurazione e il ritorno dei Borboni a Napoli.

La memoria, o, meglio, quella particolare forma della memoria letteraria, che giá l'umanista Giulio Camillo Delminio aveva immaginato, visionariamente, come un teatro, un sapere infinitamente combinabile ed estendibile per categorie e ordini, in una tassonomia ordinata come una enorme cassettiera a forma di cavea, nella quale mettere in scena il sapere degli umanisti e dei classici, e da cui trarne ulteriore conoscenze, anticipando di un secolo l'*Enciclopedia* di Tommaso Campanella e di due quella di Diderot e D'Alembert. Ecco, forse meno animata ma proprio questa é la Biblioteca: una sterminata collezione di opere conservate tutte ordinatamente una accanto all'altra, come soldati schierati in attesa di essere chiamati all'azione.

Molte altre collezioni si aggiunsero negli anni alla BIBLIOTECA NAZIONALE di Napoli, fra cui la Lucchesi Palli di manoscritti teatrali, e, per quel che ci riguarda, la Biblioteca Francesco de Sanctis del Collegio Militare, spostata dalla sua sede di Pizzofalcone nel primo dopoguerra, e da allora rimasta una specie di pietra filosofale per i vecchi allievi, che da sempre vi hanno visto una specie di ereditá perduta, un tesoro di opere incredibili, di trattati scientifici, di opera letterarie rare, per sempre recisa dalla sua sede naturale in quel di Pizzofalcone.

La Biblioteca del Collegio Militare di Napoli, come si chiamava allora, era giá in qualche modo stata "sfrattata" nel 1883, in previsione della possibile chiusura del collegio, che fortunatamente non avvenne. I volumi però, erano nel frattempo stati spartiti fra la Biblioteca provinciale di Napoli e il Distretto Militare, per poi ritornare, ma solo in parte, al Collegio. Nel dopoguerra, rimasta la Nunziatella la sola Scuola Militare in funzione in Italia, si procedette a sgomberare l'Aula Francesco de Sanctis, oggi usata come Aula Magna, dalla sua bilbioteca per motivi ancora oggi non del tutto chiariti. A onor del vero bisogna ammettere che la presenza del Fondo Nunziatella alla Biblioteca Nazionale VE III consente a chiunque di potervi accedere liberamente con il supporto di personale bibliotecario qualificato, cosa che sarebbe difficile nella presente struttura della Nunziatella che è anche una Caserma oltre che una Scuola.

Ma cosa contiene veramente questa raccolta, di circa 11.000 volumi? Non mancano libri antichi e anche testi pregiati, e va ricordato che fino all'Unitá d'Italia, la Nunziatella era una delle poche Scuole Pubbliche del Regno di Napoli e funzionava anche da Accademia di Artiglieria e del Genio, per cui é ricca la trattatistica scientifica e di ingegneria, e moltissime sono le opere tecnico-scientifiche in lingua francese della prima metà dell'800.

Non mancano poi opere letterarie, come il *Vocabolario napolitano-toscano domestico di arti e mestieri del professore Raffaele D'Ambra*, di fine ottocento, come di carattere storico e trattatistico. Vi sono ovviamente moltissime opere di storia militare, e manualistica relativa alla vita militare come ad esempio V*ita e Morale Militare* di Luigi Russo del 1919 e molti testi degli anni '30 di militaria, storia e strategia, dalle quali traborda quell'entusiasmo imperial militarista di quegli anni che, con il senno di poi, suscita sempre un sentimento misto di amarezza e disinganno nel lettore contemporaneo.

Da molti decenni ci si chiede se non sia opportuno un ritorno di questo fondo a Pizzofalcone, eventualmente con la prospettiva della Grande Nunziatella, che unirà l'ex caserma Nino Bixio all'attuale struttura, moltiplicando gli spazi a disposizione, eppure come le tante cose immaginate, sognate o vaneggiate negli anni, non vi è al momento questa prospettiva, ma una addirittura opposta: lo spostamento della presente Biblioteca Nazionale di Napoli dall'attuale sede, a quella dell'Albergo dei Poveri, il dinosauro in rovina simbolo del Regime Borbonico che anni di propaganda neoborbonica e di malagestione hanno trasformato ormai in una sorta di totem del fantastico Regno che fu, e che si trova nel Rione Arenella, in uno stato di degrado ed abbandono. Ecco, in questo caso forse sarebbe opportuno battersi per lasciare il Fondo Nunziatella dov'è o riportarlo "a casa" a Pizzofalcone, ma data la resistenza generale a questo immane progetto, che comunque richiederebbe fondi enormi e molti anni di lavori rendendo la Biblioteca Nazionale di fatto inutilizzabile per almeno un decennio, probabilemente non avverrà e comunque non nell'immediato.

E qui vale la pena riflettere sul valore della Biblioteca rispetto al Museo, entrambi luoghi della Memoria, ma sempre più spesso, recentemente, i Musei e le Aree Archeologiche sono trasformate in *set* per "eventi" spesso di dubbio gusto e di scarso valore. Le Biblioteche pubbliche sono rimaste nella nostra società mercantilista uno dei pochi luoghi (come i parchi pubblici, qualche spiaggia – poche a dire il vero - e alcune chiese) dove è possible accedere senza che venga richiesto un pagamento, un biglietto, un consumo. La Biblioteca è un luogo non solo di conservazione della Memoria e delle Memorie, ma di immaginazione, di creazione di nuove idee, dove, come direbbero a Napoli, "trezziando" idee antiche ne nascono di nuove, dove si inciampa nell'inaspettato della scoperta, dove si viaggia in tempi e luoghi lontani senza doversi spostare dalla pagina scritta.

Liberare il Palazzo Reale per offrire una maggiore fruibilitá museale, e quindi spazi per mostre temporanee, laboratori, eventi etc, dietro la maschera della cultura ha in realtà la volontà dello sfruttamento commerciale, della disneyficazione del patrimonio storico artistico che da luogo pubblico di cultura diviene attrazione a pagamento, pretesto per eventi, *bookshop*, *gadget et similia*.

Sarebbe invece il caso di ripensare la Biblioteca come un luogo aperto al pubblico in cui si dovrebbe unire l'esigenza di fruizione del contenitore, con quelle di conservazione e consultazione dei preziosi contenuti, fra cui i Papiri Ercolanesi e i manoscritti di Giacomo Leopardi: la Biblioteca di Napoli infatti, pochi forse lo sanno o lo ricordano, è la biblioteca dove sono conservate le carte del poeta di Recanati e fra queste vi é il manoscritto dell'*Infinito*.

La Biblioteca Nazionale di Napoli è la Biblioteca dell'Infinito: ripensiamo questo luogo e le sue collezioni, compresa quella della Nunziatella, come un luogo di ispirazione e crescita, e non come un qualcosa di cui doversi costantemente liberare, da traslocare, rimovere, allontanare, isolare o sfruttare. Lasciamo la Biblioteca dell'Infinito nel centro del tessuto urbano antico, proprio come la Nunziatella, che in qualche modo di Napoli è proprio il cuore Rosso ancora pulsante della cittá, e che è rimasta nella sua irrinunciabile sede storica a testimoniare non solo un glorioso passato, ma a creare un promettente futuro per centinaia e migliaia di giovani italiani.

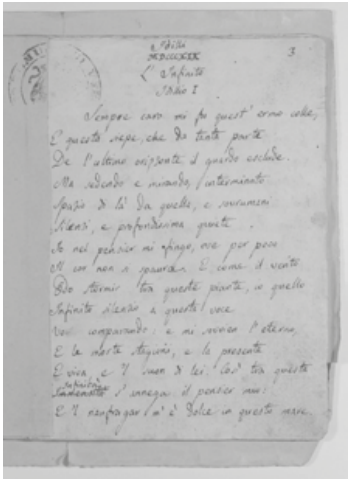
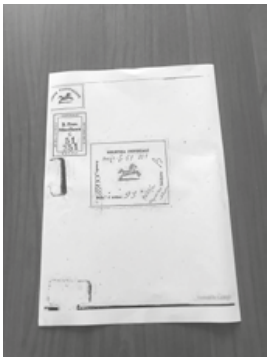


Foto Biblioteca Digitale della Biblioteca Nazionale di Napoli



CIEGAS Y EXTRAÑAMENTE SIGILOSAS!

S E N Z A S G U A R D O , S T R A N A M E N T E S E G R E T E !

RIVISTA EUROPEA
REVUE EUROPÈENNE
EUROPEAN REVIEW
EUROPÄISCHE ZEITSCHRIFT
REVISTA EUROPEA

sud

19

A LEZIONE DI GRECO

Silvana Nitti

Il greco sordo ma ritmato dagli accenti dei piedi epigrammatici scorreva agevole dalla voce del maestro. Egli era seduto un po' in basso dietro il bordo di una cattedra di legno, ultima vestigia di un passato accademico in un'aula ormai arredata con sedie di plastica.

Aveva mani bellissime che prendevano -aprivano, sfogliavano- libri con una lieve rigidezza, forse era rigore, a metà fra una perduta agilità e il rispetto, fosse pure per pagine moderne, stampate, riproducibili praticamente all'infinito. Mani abituate ad avvicinare -toccare?- i papiri carbonizzati; ne avevano appreso una delicatezza, un'esitazione che del resto il maestro ripeteva nel discorso. Tutto traeva origine, forse, dalla prudenza nell'accostare materiali così fragili, papiri resuscitati, poeti, antiche scritture. Ma poi serviva a dominare con la calma quell'uditorio di cervelli giovani e quindi anch'essi a modo loro fragili, certo seducibili. Dunque l'esitazione era una maschera al dominio, l'una, inducendo tenerezza e una lieve ansia, era il gioco che il vecchio maestro conduceva sfruttando a pieno l'altro, di cui disponeva in abbondanza.

Così gli studenti tacevano fissandolo, qualcuno a bocca aperta.

Lui si toglieva lentamente gli occhiali per guardare fra un verso e l'altro il suo uditorio: anche così fingeva incertezza, e affidava solo al colore della voce, a quel ritmo cullante che si spezzava ad arte, la dimostrazione che lì il padrone era lui, tutti gli altri, dall'altro lato dell'aula, potevano solo restare soggiogati.

Faceva caldo e lei si sentiva avvolta anche troppo dai suoi maglioni, dalla sua gonna, le calze. Nel calore la sua mente si infilava come nuotando, galleggiava. Per il calore, e forse per una lieve febbre nata dalle emozioni, la voce del maestro le arrivava come attutita, ma non per questo meno insinuante. Si stabilì un nesso fra l'orecchio e il fondo del suo ventre, era seduta (su una delle sedie di plastica), ma era come se le sue cosce, accavallate nella gonna di lana, si sollevassero accorciando la loro distanza dalle orecchie, dal suono di quella voce che il suo udito accoglieva, e non solo il suo udito anche il ventre appunto e le cosce chiuse che lei avrebbe ben desiderato aprire, ma sarebbe stato inutile.

Anche lei dunque era immobile a fissarlo. Nonostante quel calore, riusciva pure a seguire il filo della lezione, capiva. Ciò che era nuovo si sforzava di sistemarlo entro dati già noti. Diligentemente svolgeva il suo ruolo, insomma, e per vero interesse. Non poteva impedire, però, che una parte della sua attenzione fosse bloccata sulle mani di lui, aperte, le dita leggermente curvate, che lui talora allontanava un po' in alto, nell'aria, più spesso lasciava vicino alle pagine (le sfiorava!). Si domandava (mentre imparava di Epicuro, la sua mente se lo domandava) quale potesse essere la consistenza di quelle dita, la loro mobilità, che cosa avrebbero saputo fare se invece delle pagine avessero toccato la pelle che adesso lei sentiva costretta dalle gambe accavallate in una posizione a uovo senza aperture nella quale restava per impossibilità di fare altrimenti. Per decenza, ma soprattutto per debolezza. Infatti era come estenuata dallo sforzo di reggere il caldo, l'attenzione e il desiderio. Intanto, l'eccitazione le faceva sentire la punta di quelle dita colpire con lievi spinte il suo cervello:

Nella Ercolano del 40 (avanti Cristo, ma loro non lo sapevano) un ricco signore che non aveva bisogno di nulla e coltivava la pretesa, abbastanza fondata, di fare l'intellettuale, comprato l'appezzamento più bello della città (fronte mare) e costruitaci la villa più grande, aveva preso l'abitudine di invitare gli amici. Non solo amici, anche conoscenti, personaggi famosi, o almeno alla moda.

Per godersi una così lussuosa ospitalità, quel mare e quel golfo con la montagna, insomma un soggiorno nella località di villeggiatura più 'in' del momento, venivano volentieri anche da Roma, con un viaggio relativamente agevole (molti di loro erano abituati a ben altro, a scorazzare per tutte le province). Poeti in ascesa, politici, filosofi e maîtres à penser, architetti, attrici e danzatrici. A turno o a piccoli gruppi, la crème di tutto il mondo che contava era passata per la casa dei Pisoni, lasciando talvolta piccole tracce del suo passaggio: nel frutteto una specie appena importata di sorbo il botanico siriano (quello che curava i giardini di Cicerone a Pozzuoli); nell'atrio, per ricordo, un suo busto scolpito ad Atene il proconsole Lucio Licinio, che era stato con Calpurnio Pisone in Macedonia. Gaia Larenzia, che furoreggiava sulle scene di tutta Italia e aveva recitato un mimo di Laberio a Pompei, dimenticò sul letto che l'aveva ospitata, al piano terreno della villa, un nastro color glicine che la sera prima, durante un lungo banchetto in suo onore, le stringeva la vita. Calpurnio Pisone lo aveva conservato in un armadio di metallo, dove teneva anche altri oggetti personalissimi.

Ma c'era stato uno che aveva lasciato più che una traccia, e non era venuto soltanto per qualche giorno di villeggiatura. Filodemo era anche lui siriano, benché da molto tempo ormai avesse lasciato per Atene, e poi per Roma, la sua patria. Calpurnio se l'era portato a Ercolano come bibliotecario, fosse pure di una biblioteca che ancora non c'era: proprio per questo anzi, se lo era portato, perché lo aiutasse a diventare un vero intellettuale e dotasse la sua villa, già così prestigiosa, di una biblioteca adeguata, e lo consigliasse (Filodemo filosofo epicureo con trascorsi di poeta) a mettere a punto il catalogo degli autori, a ordinare le copie agli scribi, infine anche a decidere con quali busti e statue e mosaici decorare il tutto, perché ci fosse una lieta corrispondenza fra contenuti e immagini.

Così Filodemo di Gadara si era trasferito con le sue non molte cose e parecchie casse di papiri nella villa di Ercolano, e, sfruttato al meglio il ricco budget che gli era stato affidato, in capo a pochissimi anni ecco che aveva raggiunto l'obbiettivo.

Una biblioteca, si sa, è per sua natura un organismo mai concluso; però Calpurnio poté essere soddisfatto di questa prima fase e di come si era stabilito un fondo che in molti gli invidiavano, non tanto a Ercolano (lì in verità non aveva concorrenti) ma in Italia, e non solo, anche qualche amico in Grecia e perfino ad Alessandria, dove, all'ombra della grande biblioteca, alcuni privati avevano costituito le proprie e dove, dopo il terribile incendio che qualche anno prima l'aveva distrutta, erano rimasti essi soli a testimoniare la nascita della passione per l'accumulo, la conservazione, la custodia della scrittura.

Anche Calpurnio aveva questa passione; si coccolava e godeva la sua biblioteca, la proprietà di tutti quei rotoli lo rendeva più sicuro di sé, i papiri correttamente distribuiti negli armadi gli infondevano calma, più di quanta fosse mai riuscita a infondergliene Filodemo con le sue lezioni sull'atarassia del saggio.

Naturalmente li leggeva pure, seguendo un criterio che era frutto di un compromesso fra le sue voglie e il programma di lavoro che Filodemo aveva preparato per lui. Livio, Ennio, e poi Lucrezio; le egloghe, appena uscite, di quel Virgilio che da Posillipo veniva ogni tanto a Ercolano per partecipare alle riunioni degli amici; Plauto e Terenzio (Gaia una volta gli aveva recitato Andria facendo gioiosamente tutte le parti); diverse cose di Cicerone, quel pessimo carattere; perfino la brutta traduzione dell'Odissea di Andronico, ma questa solo per amore di completezza, perché Calpurnio poteva leggere Omero in greco, e lo faceva, incoraggiato da Filodemo che, epicureo moderno com'era, non aveva nulla contro la poesia. E allora c'era da leggere anche Esiodo, Pindaro e Mimnermo, Menandro ed Euripide. Ma il grosso della raccolta (e anche il grosso della fatica, per Calpurnio) era la schiera dei filosofi, Zenone, Aristotele, Teofrasto, Demetrio Lacone, Cleante, Crisippo, Diogene di Babilonia. Sopra tutti, il maestro, Epicuro. E poi l'infinito elenco degli scritti di lui, del bibliotecario, in realtà poeta d'amore e filosofo epicureo, che, senza dimenticare i suoi epigrammi, si era occupato proprio di tutto: storia della filosofia, biografie e memorie di Epicuro, ricostruzioni dottrinali e storiche di stoici e di cinici, etica, estetica, retorica, dei vizi e delle virtù, dell'adulazione, della ricchezza, teologia, morte, natura, tutto. Lucio Calpurnio leggeva e leggeva, ma soprattutto conservava e catalogava, metteva ordine nei suoi armadi pieni di papiri e se li guardava, mentre dal peristilio su cui si affacciava la biblioteca i suoi ospiti si godevano il golfo e il mare.

Quando, più di un secolo dopo, la montagna scoppiò, la biblioteca era ancora lì, anzi si era ingrandita. Essa rimase per sempre paralizzata nel blocco duro del fango, dopo brevi rotolamenti di qualche papiro dagli armadi aperti, fuori in direzione dell'atrio, rivolti verso il mare.

Se le generazioni immediatamente successive a Lucio Calpurnio della biblioteca se ne erano bellamente infischiate (suo figlio Gneo rimase travolto dalle turbolenze finali della repubblica ed ebbe ben altro a cui pensare, e suo nipote, un altro Lucio, interpretò assai diversamente il ruolo che gli assegnavano tutti i soldi di famiglia), venne poi un altro Pisone che amò l'accumulo e la conservazione, che leggeva e studiava. Fece restaurare colonne e architravi danneggiate da un terremoto che aveva dato, a chi lo avesse voluto capire, il segnale che qualcosa cambiava, nella montagna. Aggiornò il catalogo con quello che nel frattempo era stato pubblicato, e ce ne furono, di capolavori da comprare, nell'èra dei cesari! Stava preparando uno studio sulla fauna ittica in tandem con Plinio, che lavorava pescando e sezionando pesci dall'altra parte del golfo, a Miseno, quando, appunto, la montagna scoppiò.

Strabone l'aveva detto, che quella montagna coperta di vigne aveva il fuoco dentro, ma chi poteva sapere che stesse così vicino alla cima? Tito Calpurnio Pisone, che pure aveva letto Strabone, per il gran caldo di quella mattina estiva se ne stava a bagnarsi nella vasca aspettando che lo avvertissero per il pranzo, e a tutto pensava tranne che alla montagna.

Poi venne il soffio di fumo e di pietre. La colonna bianca, qua e là macchiata del nero delle rocce scagliate in alto. Il fungo di polvere che ombreggiò tutta la cima del vulcano. Le scosse, i colpi, gli scricchiolii e intanto un improvviso breve silenzio. Il rosso della lava sulle pendici ancora non si distingueva, nella luce del sole.

Non venne subito, l'agonia dei papiri arrotolati, molte cose dovevano prima colpire le città poste nella direzione del vento, e i gas soffocare pompeiani e stabiesi, contadini, pescatori, marinai. Quando i torrenti di fango e lava arrivarono alla villa che stava, rispetto alla montagna, nel punto più lontano della città, Tito Calpurnio era già intossicato, e aveva perso i sensi. Il figlio di un suo schiavo addetto alla cucina, un ragazzino sveglio che si era messo uno straccio bagnato sulla faccia, decidendosi finalmente, e inutilmente, a correre via ma chissà dove, inciampò in un rotolo caduto fuori del suo armadio. Fu raggiunto dalla massa nera e dolcemente gorgogliante pochi metri più avanti, lui, che aveva imparato a leggere grazie alla generosità del suo padrone, non ebbe nemmeno il tempo di sciogliere i legacci per vedere la prima colonna, e di che libro si trattava. E sì che la sua curiosità gli aveva fatto perdere secondi preziosi per raccoglierlo, e avrebbe meritato almeno quel premio. Non sempre l'amore per la scrittura viene ricambiato.

Appena il maestro ebbe finito la sua lezione, gli studenti si affollarono intorno alla cattedra. Volevano salutarlo, gli rivolgevano domande e congratulazioni. Lei rimase seduta ancora un poco, mettendo insieme fogli sparsi e libri, conservò nella borsa la penna, non si decideva a sciogliere il nodo delle gambe, non sapeva che cosa avrebbe fatto: se presentarsi, manifestare ammirazione e rispetto, chiedere chiarimenti, accennare ai suoi studi. Per lo sconforto dell'inadeguatezza le si inarcarono le sopraccciglia; inadeguata sarebbe stata qualunque cosa che non fosse una domanda diretta: 1) scriviamo insieme una sceneggiatura sulla villa dei Pisoni, *de ortu et fine?* 2) c'è qualche altra cosa che possiamo fare insieme?

Era ancora seduta al suo posto, la tracolla già sulla spalla destra e il corpo in posizione di spinta ma gli occhi fissi sul pavimento a rincorrere lapilli, quando il maestro, un gruppo compatto con ammiratori e ammiratrici, attraversò l'aula costeggiando la fila di sedie dove lei stava. Il tempo breve di chinare il capo per raccogliere i libri, però un attimo allungato nell'imbarazzata incertezza sul da farsi, e lui, con le teste degli studenti a fargli da sipario, si era già allontanato, come era giusto.

Rino Bianchi, ritratto di Lillian Fishman, Biblioteca Fondo Enzo Siciliano Casa delle letterature, Roma

IN SILENZIO

Saverio Ansaldi

Nel suo ultimo, brevissimo, romanzo, intitolato *Il Silenzio*, Don Delillo, forse il più grande autore americano degli ultimi cinquant'anni, narra, attraverso una scrittura densa, asciutta, chirurgica, il vuoto che viene a crearsi fra i protagonisti del racconto in seguito ad un disfunzionamento fulmineo e inatteso della rete internet mondiale. Tutti i dispositivi elettronici impiegati quotidianamente sono di colpo fuori uso: non solo la televisione che trasmette le immagini attraverso la fibra ottica, ma anche i telefoni, gli smartphones, i tablets, i computers, gli strumenti che regolano il flusso della vita urbana (ascensori, semafori) i mezzi di trasporto (metropolitane, aerei, treni) e le piattaforme digitali. Non c'è più alcuna possibilità di comunicare, di accedere e di trasmettere informazioni. Il *blackout* dell'intelligenza artificiale è totale.

Tutto ha inizio su di un volo intercontinentale che riporta una coppia di newyorkesi a casa dopo un viaggio di alcuni giorni a Parigi. Si chiamano Jim Kripps e Tessa Berens, e sono attesi per cena da due amici, Diane Lucas e Max Stenner, dai quali sono stati invitati per guardare insieme la finale del Superbowl, lo spettacolo televisivo americano più seguito dell'anno. A loro si aggiungerà un giovane studente di fisica, Martin, allievo di uno dei due ospiti. Nelle fasi che precedono l'atterraggio, i due si scambiano solo qualche parola, priva di interesse, vuota e banale, poiché entrambi sono alle prese con i rispettivi dispositivi digitali. La conversazione sembra produrre più che altro fastidio e indurre un'irritante perdita di tempo. Poi succede qualcosa. L'aereo inizia a ondeggiare, come se fosse sospinto da una turbolenza, le luci di emergenza si accendono e il pilota annuncia che dovranno effettuare un atterraggio di emergenza all'aeroporto di Newark.

Nello stesso tempo, a Manhattan, l'altra coppia e lo studente di fisica sono seduti di fronte alla televisione in attesa del collegamento che trasmetterà le immagini della finale del Superbowl. Mentre scorre la pubblicità, lo schermo del televisore si oscura improvvisamente. Rimane solo un debole rumore di fondo. Max è convinto si tratti solo di un problema temporaneo, ma Diane gli dice che anche il suo smartphone non ha più campo e che non è più possibile telefonare né consultare internet. Per tutta risposta, Max inizia a ripetere in modo compulsivo e meccanico slogan pubblicitari, quasi volesse sostituirsi al televisore ormai ammutolito. Un flusso di parole standardizzato e del tutto omologato al mercato. È come se la sua mente, assuefatta alla pubblicità, volesse che le immagini apparissero di nuovo sullo schermo spento e vuoto.

Quando ritroviamo Jim e Tessa all'aeroporto di Newark, apprendiamo che il loro aereo è atterrato, ma che Jim è rimasto ferito ad un braccio a causa delle turbolenze incontrate durante il volo. Viene condotto in ospedale, dove è curato da un medico del tutto privo di empatia, capace solo di seguire freddi protocolli burocratici. La coppia riesce comunque a raggiungere Manhattan a bordo di un pulmino messo a disposizione dalla compagnia aerea e ad arrivare in tempo per la cena organizzata dai loro amici.

Ma ormai niente è più come prima. Qualcosa è cambiato. O forse tutto. I cinque protagonisti del romanzo si ritrovano seduti intorno ad un tavolo, "perplessi, abbandonati dalla scienza, dalla tecnologia, dal senso comune". E allora Max si chiede: "Che cosa sta succedendo alle persone che vivono nei loro telefoni?". Che cosa stiamo diventando, adesso che siamo soli di fronte a noi stessi, senza più protesi tecnologiche, senza più messaggi da scrivere, senza più immagini da guardare? Adesso che tutto è in silenzio?

Diane accende sei candele per fare un po' di luce nella stanza. "Nessuno vuole chiamarla Terza Guerra Mondiale, ma è proprio così", dice Martin. "Tutto quello che dobbiamo fare, è prendere in considerazione la situazione nella quale ci troviamo. Qualunque cosa ci sia fuori di qui, siamo sempre persone, le schegge umane di una civiltà".

Tessa si sente improvvisamente stanca, stanchissima. Percepisce per la prima volta, forse da anni, la presenza del suo corpo, la necessità fisica di cedere alla fatica. Si alza dal tavolo e si dirige senza dire nulla nella camera accanto, dove si lascia sprofondare sul letto, immediatamente raggiunta dal marito. Non si addormenta, ma inizia a pensare ad una poesia che vorrebbe scrivere l'indomani, usando carta e penna. Le parole si formano nella sua mente diventando sempre più chiare.

Max esce dall'appartamento per fare una lunga passeggiata nel quartiere, ormai al buio, camminando a passo svelto in mezzo ad una folla che si è raccolta in strada smarrita, senza più punti di riferimento. Fa ritorno a casa salendo le scale a piedi, contando gli scalini, avvertendo in sé il rapido movimento delle sue gambe, parlando per la prima volta con i vicini.

Diane immagina di avere un rapporto sessuale con Martin, nella cucina, mentre il suo giovane studente parla delle ricerche che sta svolgendo su testi inediti di Einstein, perché "le persone devono continuare a dirsi che sono ancora vive". Martin invece, dopo aver lasciato la stanza, si siede su di una poltrona, raccontando nei minimi dettagli agli amici i momenti che hanno preceduto l'atterraggio di emergenza dell'aereo e le fasi convulse che lo hanno seguito, con il suo ferimento e il suo trasporto in ospedale. Ha bisogno di raccontare per sentirsi di nuovo vivo.

Il romanzo si conclude con queste parole di Martin: "Il mondo è tutto, l'individuo è niente. Lo capiamo tutti?".

Il breve romanzo di Don Delillo rappresenta uno degli elogi più potenti della capacità infinita della letteratura di inventare storie nonostante tutto – anche nel mezzo di una catastrofe che annienta un mondo che credevamo per sempre nostro, un mondo che svanisce nel silenzio. Ma qual è, appunto, il nostro mondo? Quello determinato dall'intelligenza artificiale, dagli algoritmi, dalle reti, dalle criptovalute, dai droni o quello che fa di noi "schegge" impazzite di una civiltà? In quale mondo possiamo immaginare nuovi libri e inventarci nuove storie? Inventare "storie di libri" e riunire "biblioteche immaginarie" significa infatti essere imprevedibili – e, forse, delirare, secondo il significato che Gilles Deleuze attribuisce a questo termine. Significa accettare le regole non scritte di una catastrofe che ci rimette in gioco e ci obbliga, sempre e comunque, a costruire nuovi mondi e a tracciare nuove linee di fuga, sperimentando così il nostro divenire. A passare attraverso le faglie e le crepe che ci fanno dimenticare la nostra pretestuosa ed arrogante individualità tecnologica per lasciarci in balia dei deliri della nostra mente e dei desideri del nostro corpo. Che ci fanno divagare senza meta e ci fanno raccontare storie al fine di "condurre la vita allo stato di una potenza impersonale" e ad "una individuazione senza soggetto", come sostiene sempre Deleuze. Si scrive infatti per "inventare un popolo che manca", un popolo che "non è chiamato a dominare il mondo" (lasciamo questo compito ad altri) e per "liberare, nel delirio, questa creazione di una salute, o questa invenzione di un popolo, ossia una possibilità di vita".

Ritroviamo quindi grazie al romanzo di Delillo quella che lo stesso Deleuze aveva definito "la superiorità della letteratura anglo-americana" rispetto a quella continentale, che consiste nel tracciare, attraverso la scrittura e i libri, le linee sperimentali di una vita costituita da relazioni senza soggetto, senza mai cedere alla nevrosi della perdita o della mancanza. Immaginare per sperimentare e non per ricordare, scrivere per fuggire e non per identificarsi. Una civiltà è forse proprio questo: un numero infinito di biblioteche, colme di libri che raccontano storie di un mondo composto da schegge impazzite che desiderano un'altra vita, senza rimpianti per quella che hanno appena vissuto.

DURARÁN MÁS ALLÁ DE NUESTRO OLVIDO;

DURERANNO PIÙ IN LÀ DEL NOSTRO OBLIO;

Rino Bianchi, ritratto di André Aciman, Biblioteca Fondo Enzo Siciliano Casa delle letterature, Roma

LINEA

Valeriano Forte

Mi sarebbe piaciuto essere linea come quella Lagostina
Come quella d'orizzonte che si fonde nel sole
una linea d'espressione che genera un sorriso
Linea di trucco sui tuoi verdi occhi stasera
Linea di bus notturno che raccoglie storie nel vento
e s'intrecciano nella coperta di un vagabondo
Linea telefonica di favole per bimbi senza nonni
Linea d'alfabeto morse per un messaggio di pace
Linea che diviene storia semplice in un foglio bianco
che percorre pagine e s'avvolge in forme da plasmare
per poi ricucire il dorso di questo foglio di cui sono parte.

RIVISTA EUROPEA
REVUE EUROPÈENNE
EUROPEAN REVIEW
EUROPÄISCHE ZEITSCHRIFT
REVISTA EUROPEA

sud

21

LA TORRE DE LOS ITALIANOS

Cisco Escalona

La prima impressione che si ha salendo per le scale della torre e percorrendo uno per uno i piani, non è quella di trovarsi in un sacrario militare ma in una biblioteca universale, perchè appartiene agli uomini, e particolare perchè si tratta di questi uomini. Così, ogni nome e cognome apposto su ognuna di quelle lapidi custodisce una storia, un libro da leggere o desiderare che sia scritto. Ecco perchè questa chronica interviene nel numero di SUD dedicato all'amore dei libri che significa, soprattutto, amore per le storie.

effeffe

A Saragozza v'è il più grande sacrario militare italiano in terra straniera dopo quello di El-Alamein: 2.889 soldati italiani. Fra questi, in maggioranza facenti parte del contingente di migliaia di uomini, tra soldati e camicie nere, inviato da Mussolini per appoggiare i ribelli falangisti guidati dal Generale Franco, vi sono i resti di ventidue *garibaldiens* delle Brigate internazionali. Sono i caduti italiani sepolti nella *Torre de los italianos*.

Dal mio arrivo a Saragozza giovedì scorso avevo tentato di visitarlo una prima volta domenica pomeriggio ignorando che le visite fossero possibili solo al mattino dalle undici a mezzogiorno. Un'ora che è uno squarcio nel tempo e nello spazio, dov'è questione di storia d'Europa, dittatori e rivoluzionari. O più semplicemente di fratelli l'un contro l'altro armati.

Una torre ha il vantaggio di essere visibile oltre i tetti e può indicarti la direzione mantenendo lo sguardo alto e non chino sullo smartphone con i suoi itinerari. Essere sospesi in una città è quando la lista delle cose da fare si concede il lusso di variabili a volte indipendenti dal cittadino provvisorio ed allora può accadere che un appuntamento all'agenzia immobiliare che sta per affittarti casa debba essere ritardato e in quel tempo liberato d'un tratto si decida di andare alla Torre, fuori orario senza nemmeno la scusante dell'ignoranza.

Si passa per la Piazza di Spagna, per corso Indipendencia e poi altri viali che ti portano a scorgere l'edificio non troppo distante. Era stato Mussolini in persona, a volerne la costruzione per omaggiare i caduti italiani (dalla parte giusta delle camicie nere) e il progetto inizialmente prevedeva l'altezza di 85 metri ridotta alla metà, otto piani per quarantadue metri. Dell'architetto spagnolo Victor Eusa Rasquen il progetto a cui lavorò tra il 1937 e il 1940. Dal momento in cui varchi la cancellata e l'iscrizione "L'Italia a tutti i suoi caduti in Spagna" sei in territorio italiano.

Nel week-end mi ero dedicato alla ricerca di informazioni su quella strana torre, in verità poco frequentata dai cittadini di Saragozza per quanto sia citata tra le venti cose incredibili da scoprire in città. Per cominciare alcune note e dati fondamentali:

La partecipazione degli italiani alla guerra civile spagnola

Dopo lo scoppio della guerra civile in Spagna, 18 luglio 1936, l'Italia di allora decise di correre in soccorso dei nazionalisti spagnoli guidati da Francisco Franco: 74.285 soldati con 1.930 cannoni, 10.135 mitragliatrici, 240.747 fucili e 7.663 automezzi; 5.699 aviatori con 763 aeroplani; 91 unità navali. Sul fronte opposto dei repubblicani ci furono altri italiani, i volontari delle Brigate Internazionali, inquadrati in una forza internazionale cui partecipavano 40.000 volontari di 52 paesi dei cinque continenti. I volontari italiani, inquadrati nella Brigata Garibaldi, furono circa 3.350.

Sono 236 le località spagnole dove ci furono caduti italiani: 3414 morti, 150 deceduti in Italia, 232 ritenuti scamparsi, 547 italiani morti dalla parte dei repubblicani, di cui solo 22 sono sepolti nella Torre.

In un'intervista rilasciata a una testata d'informazione, *Inform*, dedicata agli italiani in Spagna, lo studioso Dimas Vaquero Peláez, autore di "CREDERE, OBBEDIRE, COMBATTERE, *fascistas italianos en la guerra civil española*, afferma: "Tutti devono essere ricordati e a tutti si deve rendere omaggio, tutti diedero la propria vita per una causa, molto rispettabile e così lo dimostra il Sacrario militare italiano di Saragozza… Vissero anche loro la piccola guerra civile in terra spagnola, con scontri fra patrioti, lontani dalla propria terra e reso ancora più drammatico con casi di fratelli italiani in lotta fra loro, triste riflesso di quello che è una guerra civile". Un libro imprescindibile, aggiungiamo noi.

Nei giorni precedenti alla visita tante erano le domande che accompagnavano la mia ricerca e un desiderio, rendere omaggio in qualche modo ai ventidue *brigadistas* che la storia avrebbe relegato dalla parte "sbagliata" dei vinti. Era infatti come se la canzone di De Gregori *Il cuoco di Salò*, arrangiata da Battiato, e contestata dalla sua pubblicazione dai puristi *radical Kitsch*, potesse adattarsi ai nostri "rossi" soprattutto nella magnifica strofa:

Che qui si fa l'Italia e si muore
Dalla parte sbagliata
In una grande giornata si muore
In una bella giornata di sole
Dalla parte sbagliata si muore

La prima domanda riguardava quell'interruzione per mancanza di fondi e caduta di Mussolini, va detto sopraggiunta poco dopo, e la seconda ben più complessa su come il generalissimo avesse potuto permettere già dalla fine degli anni quaranta che venisse onorata la memoria dei nostri garibaldini. A venirmi in soccorso è stato allora un romanzo di Ignacio Martínez de Pisón, *Dientes de leche*, pubblicato in Italia da Guanda con il titolo *Il fascista*, magnificamente tradotto da Bruno Arpaia, dove una parte importante è proprio dedicata alla *Torre de los italianos*.

Molte sono le informazioni storiche che ritroviamo nel romanzo e alcune di esse rendono chiari certi passaggi a cominciare dalla riduzione dell'altezza della torre che un po' mi ha ricordato il racconto di Buzzati, *La tour Eiffel* dov'è proprio questione di altezze da rispettare o sfidare. Se per Buzzati si trattava di sfidare Dio, nel romanzo citato scopriamo nelle parole di Don Pietro, *deus ex machina*, il senso di quella strana fabbricazione nel cuore di Saragozza: «Sarà come La Mecca per i musulmani! Da tutti gli angoli del mondo verranno fascisti a vederlo!» urlava, ed era tanta la sua veemenza che né il sindaco né il governatore civile osavano replicargli. Senza rivelare *la fabula* di questo libro estremamente sincero che presenta molti intrighi e colpi di scena, sicuramente "repubblicano" quando denuncia le nefandezze compiute dai fascisti sulla popolazione civile, davvero poco comparabili con quanto avveniva tra i "rossi", quello che mi ha colpito di più è stata la capacità del suo autore Ignacio Martínez de Pisón nel mettere in prospettiva i fatti della storia rivelandone gli aspetti più umani, il nucleo centrale di quella guerra civile, ma non solo quella, e che sono le famiglie, la lotta fratricida che ne ha sancito l'impossibilità, per popoli interi, di elaborare il lutto. Dal romanzo il lettore scopre per esempio che "i volontari fascisti", così volontari non lo erano stati, e fascisti non sempre: "Raffaele non era fascista in Italia. Nemmeno antifascista, è chiaro. Raffaele era soltanto povero, e solo per far uscire dalla povertà sua moglie e sua figlia aveva accettato di andare in guerra in un paese straniero. Sulla nave, lo Stelvio Domine, ne conobbe abbastanza che erano come lui, e tutti si mostravano con orgoglio le foto della prole che avevano lasciato al paese. Tra quei soldati, erano pochi (e sempre i più giovani) a essersi arruolati per servire il Duce e diffondere gli ideali del Fascio. C'era anche chi veniva ingannato: gli avevano assicurato che sarebbe partito per l'Abissinia, una destinazione tranquilla, e adesso scopriva che li portavano in una guerra. L'ultima parte della traversata la fecero di notte e a luci spente, e gli uomini si affollavano sul ponte e scrutavano ansiosi l'oscurità. Viaggiavano in abiti civili. Quando si preparavano a sbarcare, raccomandarono loro di non mettersi ancora l'uniforme. Quella era Cadice. Quella era Cadice, ma poteva essere qualunque posto, e comunque cosa importava? Poi il tenente cominciò a urlare, e gli uomini si misero in spalla la loro sacca e cercarono a tentoni il cammino verso la passerella. Un soldato inciampò e ne trascinò un altro nella caduta. Si sentirono risate e bestemmie, e il tenente li sollecitò di nuovo con le sue urla. Perché quella fretta? Raffaele pensò che in guerra non importavano i perché: in guerra le cose si facevano e basta."

Ma è soprattutto in un passaggio cruciale della storia della *Torre*, ovvero quando vengono individuate in altri cimiteri le salme degli italiani in modo da poterle riunire agli altri già tumulati nel Sacrario, che accediamo a un orizzonte di senso nuovo, almeno per me. Don Pietro, accompagnato da uno dei protagonisti e un francescano sul posto procedono in quella terribile operazione di recupero dei corpi o di quanto rimaneva di essi:

"Una mattina andarono a Villanueva de Gallego, dove il battaglione di Raffaele aveva combattuto mentre lui si rimetteva dalle ferite nel Nucleo Chirurgico Chiurco. Viaggiavano su uno dei veicoli forniti da Serrano, un furgone nero con il giogo e le frecce delle Falange dipinte in rosso, e con loro c'era un giovane cappuccino spagnolo, il fratello Iluminado.«Il cimitero» disse padre Pietro, indicando da una parte.

«Di là.»

«Di qua» lo contraddisse Raffaele, che guidava.

«Di là.»

«Lei lo dice a me? Ho fatto la guerra qui!»

«Anch'io ho fatto la guerra qui! In questi paesi avrò battezzato centinaia di bambini! È di là. Sicuro.»

«Truppa» disse fra' Iluminado guardando il cappellano.

Voleva dire che la bottiglia con i suoi dati identificativi era legata a una gamba. Quando il morto era un ufficiale, aveva la bottiglia legata a un braccio. Raffaele lo accompagnava soltanto nei cimiteri della provincia. Dei morti sepolti in cimiteri più lontani si occupavano padre Pietro e gli altri cappuccini, e lui non si prendeva nemmeno la briga di chiedere. Un giorno arrivarono con tre nuovi cadaveri, tutti e tre avvolti in dei sudari. Raffaele osservava fra' Iluminado andare e venire con la carriola.

«E questi perché non hanno la bottiglia?» chiese."

Ed è così che si rendono conto di avere preso in cura anche le salme dei nemici, dei "rossi". Sulle prime li vediamo reagire quasi stizziti di fronte a quella incongruenza ideologica, fascisti che si occupavano dei corpi di antifascisti, ma dura un attimo perché a vincere sarà una *pietas* mista a un sentimento patrio autentico, quello che ti fa considerare dei tuoi compatrioti come fratelli a prescindere dalle idee o dai partiti.

Arrivo trafelato alla Chiesa di Sant'Antonio che fa parte del complesso della torre, sono davvero fuori tempo massimo. Il parroco mi accoglie e quando gli chiedo di poter almeno vedere dall'interno, dal piano terra la torre mi acccorda cinque minuti ed entriamo.

Gli faccio delle domande a cui risponde con estrema dolcezza e comunicandomi che la vera missione della torre era quella di trasmettere, attraverso la memoria e il dialogo, un desiderio di riconciliazione all'interno di un continente, un popolo, di una stessa famiglia lacerata dalla guerra civile. Mi chiede se sono di passaggio, turista e gli rispondo che sono a Saragozza per lavorare, al Liceo francese di Saragozza come professore di filosofia. Quando aggiungo che avrei cominciato l'indomani mattina, mi ha fatto cenno di salire, che non avrei avuto tanto tempo ma abbastanza per raccogliermi di fronte a quei nomi e cognomi sprovvisti di luoghi di nascita e età.

Impossibile trovare i miei ventidue, ovvero identificarli tra i 2.889. Di tanto in tanto parenti venuti dall'italia ne avevano apposto accanto alla lapide una fotografia e poche note a testimonianza che prima di essere morti avevano ben vissuto da qualche parte, e con altre persone, una moglie, una madre, dei figli, dei fratelli. In nessun caso un segno di riconoscimento, Falange o Brigate internazionali.

Allora ho capito che non ha proprio senso in questi casi una memoria selettiva. Che non si poteva non provare della pena per ognuno di essi a prescindere dal campo giusto o sbagliato, di chi avesse vinto o perso, in questo paradosso spagnolo per cui chi era stato fascista durante la guerra lo sarebbe rimasto negli anni a seguire fino alla morte di Franco e anche dopo con il tentativo di colpo di stato degli anni 80. Al piano terra è possibile vedere la *maquette* del progetto della *Torre* nelle sue dimensioni originali. Due volte l'altezza di oggi, impressionante. Ed è un bene che si siano fermati prima, quel poco che basta perché sia visibile per chi vaga da quelle parti alla ricerca di un senso alla storia che forse un senso non ha. E chiudere con i magnifici versi di Jacques Prévert, *"Quelle connerie la guerre"*.

Immagine di Mathias Dubois

AVERE UN POETA

Pascale Privey
Traduzione di Luigi Toni

"Tanto egli amava la sua biblioteca; essa gli sostituiva gli uomini". In *Auto da fé,* uno psichiatra riassume così la follia del fratello, l'eroe del romanzo di Elias Canetti. Kien, la cui biblioteca conta venticinquemila volumi, prova per quei libri una tenerezza che nega ai suoi simili – a meno che, ovviamente, non li creda dei bibliofili. Dei suoi volumi, se ne prende cura gelosamente. Quando esce di casa, ne prende uno – se lo porta via, come se lo portasse a fare una passeggiata. Di notte ha gli incubi: ad esempio, vede bruciare dei libri, orrore! Nel tentativo di mettere in salvo i volumi, si rende conto che non sono dei libri, no... ma sono uomini, che stanno soffrendo tra le fiamme! E gli chiedono un aiuto che lui, infastidito, rifiuta categoricamente.
Chissà, forse i miei libri hanno urlato, quando, rientrando di corsa a Parigi, li ho dovuti lasciare – a quale tragico destino – in California? Lì avevo passato mesi molto impegnativi, insieme a mio figlio: le cose andavano meglio, eravamo sani e salvi, i libri si potevano rimpiazzare e all'inizio la mia biblioteca non mi mancava. In ogni caso, a Parigi ho cominciato a sentire nella testa dei frammenti di testi, proprio come era successo a New York o a Los Angeles. Per mesi, ho sentito dei versi di Racine mentre cucinavo. Non un intero atto, no, ma nemmeno un solo verso. I versi di Berenice richiamavano così le pagine da *Aurelien*, poi da Aragon sono passata naturalmente a Duras, soltanto per la grazia del nome *Cesarea* – e così via. Quando perdiamo dei libri, non ne perdiamo il ricordo, ma quest'ultimo non è accessibile al volume come lo sono i fantasmi per i vivi: frammenti di voci, frasi sussurrate, visioni interiori, scene rivissute, persone care dai tratti cangianti. In *Fahrenheit 451*, Ray Bradbury immaginava di salvare i libri condannati al rogo imparandoli a memoria: descrive dei lettori reietti che imparano a memoria un solo libro ciascuno – solo a questa condizione possono mantenere viva l'opera, identica a sé. Un'abnegazione militante che mi è del tutto estranea…
Viviamo in un riecheggiare confuso; molto presto, non ci basta più. Vogliamo l'insieme, la lingua esatta, il linguaggio dell'altro che non si mescoli con il nostro, il suo pensiero dall'inizio alla fine, incontaminato dall'imprecisione dei ricordi. Vogliamo poter ritrovare un testo come ritroveremmo un amico: sotto un'altra veste, miracolo! Ecco come ciò che è perduto ritorna in vita. Mi sono messa pazientemente a riorganizzare i pezzi della mia collezione, scovando un testo su momox o eBay, se non era più in catalogo.
In estate, ho ritrovato nella casa di villeggiatura di famiglia una scatola di vecchie lettere scolorite, ricevute decine d'anni prima; tra le missive ingiallite, la mia vecchia copia de *I quaderni di Malte Laurids Brigge,* scarabocchiata da ogni parte, zigrinata a causa di una pioggia di montagna caduta venticinque anni prima, legata con nastri sbiaditi che indicavano le mie pagine preferite. L'ho aperta a caso: "Biblioteca Nazionale. Ed io siedo e ho un poeta. Che destino". Anch'io, in quel momento, avevo un poeta – qui scrittrice, ma pur sempre poeta – e un poeta che non era solo un testo, una voce che spuntava da una raccolta anonima, ma era l'epidermide di un'opera che custodiva il ricordo dei momenti trascorsi insieme, e che il contatto con delle pagine rovinate aveva fatto emozionare come una carezza.
Turbata, ne ho sfogliato qualche pagina. Un nastro sbiadito segnava quello in cui Rilke racconta la morte di Ingeborg. Per anni, avendo smarrito il libro, ricordavo le parole con cui la giovane sofferente rassicurava e sconcertava i suoi cari: "Non ne ho più voglia".
Ho chiuso il libro. Pieno di polvere, ammuffito, mi faceva tossire. Di ritorno a Parigi, ho comprato le opere complete di Rilke, e mi sono affrettata ad aprire *I quaderni* – in realtà, questa volta avevano il titolo *Taccuini*... Tradotti non più da Claude Porcell, ma da Claude David. Con impazienza, ho cercato in che modo quest'ultimo avesse reso le parole di Ingeborg: "Non mi va più".
"Non ne ho più voglia", invece. Ingeborg non era stata tradita? E Rilke, di cui non conosco la lingua? Era lui, ma non era lui. Elegante, ben curato, aveva fatto carriera con l'età: ora aveva un blazer da collana Pleiade. Ma la voce era diversa... O non riuscivo a sentirla? Ricordavo di esserne stata molto innamorata – ma ora non lo ero più.
E poi che razza d'idea, non prestare maggiore attenzione al lavoro del traduttore... Che strana idea quella di credere che Rilke-David e Rilke-Porcell potessero essere intercambiabili, come se il traduttore non scrivesse, non solo la propria lingua, ma con le sue stesse parole. Quanto dell'emozione che le confessioni di Malte avevano suscitato in me tanti anni prima era da ascrivere a Rilke? Affranta, ho soppesato quel fitto volume, più estraneo del previsto: avevo scelto della carta biblica di seconda mano per ragioni di spazio, ma si sa che i formati di dimensioni ridotte sono un pessimo criterio in materia letteraria.
Ho accarezzato il dorso a strisce dorate: Rilke, Opere in prosa. Perché avevo tradito il Malte che ricordavo con questo gemello siamese imperfetto che avevo preferito per un vestito più stretto? Mi è tornata in mente la mia confusione davanti alla biblioteca a forma di capanna del Museo della Caccia e della Natura… Markus Hansen, l'artista, aveva selezionato e disposto i libri in base al loro colore, come nelle foto delle riviste d'arredamento. Ha fatto il giro delle librerie d'usato per raccogliere materiale per le tonalità di questa Biblioteca per Claude Lévi-Strauss. Invito all'antropologia del libro-oggetto...
Speculare alle tonalità dei libri mimetizzati nell'arredo, questa biblioteca è degna di apparire in quella di Des Esseintes nel romanzo *A Ritroso*. "Questa edizione, tirata in unico esemplare in inchiostro nero di china vellutato, è stata rivestita all'esterno e ricoperta all'interno da una meravigliosa e autentica pelle di suina scelta tra mille, color carne, tutta costellata di setole e ornata con dentelli neri di ferro freddo, straordinariamente abbinato da un grande artista". Che gran cocotte in abito da battaglia viene quindi rappresentata? *I Fiori del Male*. Un'unica copia in pelle di suina tatuata, forse per accrescere il brivido della trasgressione baudelairiana – purché si sia un dandy decadente.
Mi piace il lusso, ciò che è su misura, fatto a mano. La copertina rilegata su cui si poggia una mano rispettosa non mi lascia indifferente. Detesto le pagine incollate male, le copertine troppo morbide, la carta troppo gialla o troppo bianca e i caratteri delle brochure. Ma un buon libro è fatto per passare la notte con noi durante un temporale, aprirsi da solo alle pagine più sfogliate, essere decorato con la nostra scrittura a zampa di gallina. Ci si fanno pieghe agli angoli, si sottolinea, si appunta ai margini. Un buon libro è fatto anche per poter essere abbandonato dall'altra parte dell'Atlantico se necessario, per morire in un bidone della spazzatura dove l'ha gettato una persona malvagia, per essere poi riportato in vita, magari sotto un'altra veste. Purché si presti attenzione, se sarà il caso, al traduttore...

NO SABRÁN NUNCA QUE NOS HEMOS IDO.

N O N S A P R A N M A I C H E C E N E S I A M O A N D A T I .

BYE BABY

Roger Salloch
Traduzione di
Chiara Correndo

Books have lives of their own. In a digital world they know how to take their time. That book about the Amazon you were looking for, it's not next to the book about Amsterdam you were looking for. Why be a slave to alphabetical order? There it is now, next to a photo album about landscapes. You know it feels better there because a book is a landscape and a bookshelf is a world. Pick it up, read a few pages. It already knows you are a friend, will come back for more. That is why you have come to the book store, to take your time. In Time there is literature. In Time there is laughter. In Time there is adventure. In Time there is love.

They say Yvonne "has passed". But Yvonne never "passed" anywhere. She is with us today in this Cathedral. When she was young, Yvonne was the fastest woman in France chosen for the Olympic team. She couldn't join because she had a heart problem but that didn't slow her down. Instead she focused. on public life, on being a journalist, on the difference between what people said and what they did.

Yvonne's favorite maxim was. quoted from Hegel: "the tree of life is greener than the tree of thought;" Yvonne was the tree of life herself; the soil she stood on was green, her bark was green, her trunk was green, her leaves were green; if you listen, you can hear them blowing in the cathedral today; i'll stop there. She has just said to me, that's enough. Yvonne was my wife, She hasn't passed. Yvonne was my wife; Yvonne is my life.

*

I libri vivono di vita propria. In un mondo digitale, sanno come prendersi il loro tempo. Quel libro sull'Amazzonia che cercavi, non si trova vicino all'altro libro che cercavi, quello su Amsterdam. Perché essere schiavi di un ordine alfabetico? Eccolo, vicino a un libro di fotografia paesaggistica. Sai che sta meglio lì perché un libro è un paesaggio e uno scaffale un mondo intero. Lo prendi, ne leggi alcune pagine. Sa già che sei un'amica, che tornerai. È il motivo per cui sei andata in libreria, per prenderti il tuo tempo. Nel Tempo c'è letteratura. Nel Tempo ci sono risate. Nel Tempo c'è avventura. Nel Tempo c'è amore.

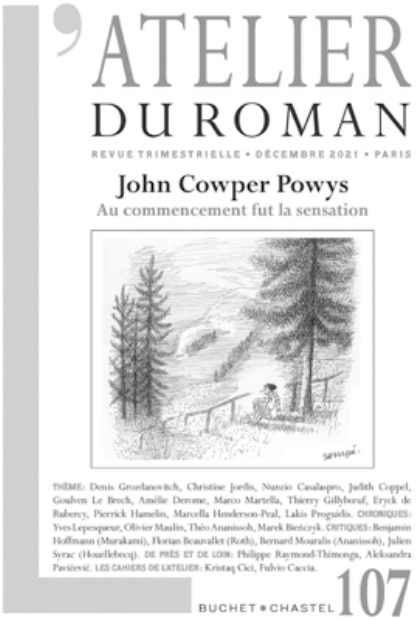
Dicono che Yvonne se n'è "andata". Ma Yvonne non è mai "andata" da nessuna parte. È con noi oggi in questa cattedrale. Quando era giovane, Yvonne era la donna più veloce di Francia, selezionata per la squadra olimpica. Non riuscì a partecipare alle gare per un problema cardiaco, ma questo non la rallentò. Si concentrò piuttosto sulla vita pubblica, sulla sua attività da giornalista, sulla differenza tra ciò che le persone dicevano e ciò che facevano.
La citazione preferita di Yvonne era di Hegel: "l'albero della vita è più verde dell'albero della conoscenza". Yvonne era lei stessa l'albero della vita, il suolo su cui poggiava era verde, la sua corteccia era verde, il tronco era verde, le foglie erano verdi. Se ascoltate bene, le sentirete frusciare qui oggi, in questa cattedrale. Mi fermo qui. Mi ha appena detto "adesso basta". Yvonne era mia moglie, non se n'è andata. Yvonne era mia moglie, Yvonne è la mia vita.

Yvonne Baby nel cuore del quotidiano Le Monde

UNA FINESTRELLA SULL'ANIMA APERTA

Olivier Mallart
Traduzione
di Francesca Lorandini

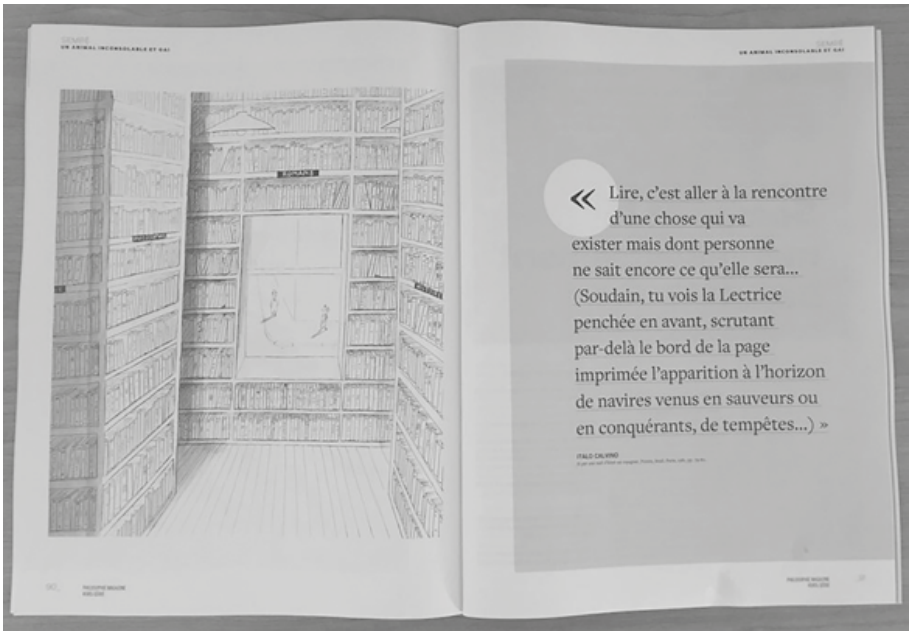
Della mia libreria non c'è granché da dire, se non che è strabordante. Nei suoi meandri i volumi proliferano come subdoli parassiti, refrattari al più elementare tentativo di catalogazione: in completa autonomia si infiltrano, raddoppiano, triplicano le file, trovano sempre e comunque un posticino in cui infilarsi e, una volta che si sono sistemati, chiamano a raccolta i loro compari, per fortificare le posizioni conquistate e renderle roccaforti inespugnabili. Si insediano nel più assoluto silenzio, spazzano via tutto quello che non appartiene alla loro cattiva schiatta, chiedono che gli si paghi il dazio, esigono sistemazioni e ristrutturazioni continue. Mi è bastato poco per capire che per me non ci sarebbe stato niente da fare.
Che vengano letti oppure no, o magari riletti, maneggiati, annotati, non ha nessuna importanza. Avranno la meglio. Ironici e sornioni mi osservano in silenzio mentre invecchio: ogni giorno sono sempre un po' più lento, malandato, orbo; sgambetto a fatica tra i minuscoli spazi che mi vengono accordati, vivo da sorvegliato speciale in casa mia. Hanno con me la pazienza aracnea dei forti che sanno che, comunque vada, alla fine, vinceranno loro.
Capirete quindi perché evito di parlare della mia libreria. Quando vengo invitato per la prima volta a casa di qualcuno, la cosa che preferisco più di ogni altra (un piacere che è senz'altro condiviso da molti) è sbirciare, mentre si fanno presentazioni di circostanza, i libri che decorano le pareti e popolano gli scaffali dei miei simili. È come se si aprisse così un pertugio sui pensieri, sugli amori, sulla sensibilità, insomma su ciò che sta nel cuore di queste persone, quando si ritrovano da sole, ritirate dal mondo, quando nessuno le obbliga a interpretare un ruolo nella commedia della vita. È una forma di lieve voyerismo: come Jim Morrison che cantava "sono una spia nella casa dell'amore", io grazie alle librerie di queste case mi trasformo in una spia dell'anima.
Ci sono i metodici, quelli che hanno le librerie sempre ordinate, composte, con un numero limitato di esemplari. Nicholas, il mio grande amico dell'adolescenza, aveva un solo semplice mobiletto che doveva contenere tutti i libri: i nuovi arrivati dovevano attendere alla porta, finché qualcuno dei più vecchi non cedeva il suo posto. Quella sì che era una casa ben organizzata! Ci sono poi gli altri, i miei simili, lettori sinceri o ipocriti, quelli che soccombono: in ognuna delle loro stanze ti capita di trovare qualche volume, più o meno malandato, di solito preso in prestito nella biblioteca del quartiere. Ci sono anche quelli che ordinano i libri per collana, quelli che li ordinano per tema, e ci sono infine quelli che non li ordinano affatto. Mi piacciono molto le librerie striminzite dei giovani studenti ai primi anni di Lettere: hanno pochi libri e sono come loro, ancora informi, abbellite qua e là, come nei film della Nouvelle Vague, da cartoline che riproducono locandine di film, rockstar, quadri famosi, gatti. È come se quei ragazzi volessero mettere in scena il loro mondo interiore facendone un regno in miniatura, una casa delle bambole che contiene in sé tutta la loro vita, le loro speranze, i loro sogni. Che è, a pensarci bene, una buona definizione dei libri stessi, i libri in cui quei ragazzi si immergono per ore con gioia, e ci vivono dentro, come diceva Proust, nel modo più pieno, anche se poi magari dubitano di averle vissute per davvero le ore passate in loro compagnia.
Un giorno mi è capitata tra le mani un'intervista del regista americano John Waters, l'attore immortale di *Female trouble* e *Cry baby*, in cui a un certo punto, laconico come sanno essere i grandi ingegni, diceva: "Se la prima volta che entri in casa sua non vedi dei libri, non andarci a letto". Consiglio che mi era sembrato davvero oculato. Allo stesso modo, per un deplorevole riflesso incondizionato, che però ho l'onestà di non nascondere, io tendo a diffidare di quegli adulti che hanno le pareti ricoperte di albi illustrati. Mi dico sempre che mio figlio ha più buon gusto di loro.
So bene che una libreria può essere anche uno specchietto per le allodole. Penso a quella del mio prozio, ad esempio, tuttora conservata in una bella dimora signorile, custodita da vetrine regolarmente spolverate. Offre un panorama su quello che leggeva, o quantomeno comprava, un borghese colto di provincia tra la fine dell'Ottocento e l'inizio del Novecento: Paul Bourget, Anatole France, Maurice Barrès, Émile Zola, Gustave Flaubert, Pierre Louÿs, Jean Lorrain, Octave Mirabeau, eccetera. Ogni singolo volume impeccabilmente rilegato. Nel blocco ci sono anche dei libri non ancora tagliati: li teneva lì giusto per dire che aveva dei libri... Vi sembra ridicolo? Un po' lo è, in effetti, ma almeno così di quest'uomo che non ho mai conosciuto posso dire di sapere qualcosa di più: il conformismo, qualche vezzo, una certa spavalderia, i pregiudizi che condivideva con il suo tempo. Proprio come un ritratto ci permette di intuire, dal disegno di una bocca, da uno sguardo o da un'espressione, quel qualcosa che il modello cercava di nascondere, una libreria ci dice molto di chi la legge, o meglio, per essere più prudenti, del suo proprietario del momento.
Penso che chi avrà un giorno il malaugurato compito di sbarazzarsi dei miei libri, proprio tutti, buoni o brutti che siano, si farà qualche riflessione divertita sul mio fantasma in via di evaporazione. Una volta mio fratello, vedendo gli *Scritti dal carcere* di Brasillach condividere lo scaffale con il *Che fare?* di Lenin, mi disse che i servizi segreti avrebbero avuto elementi sufficienti per sbattermi dentro per atteggiamento di tipo eversivo e confusionismo intellettuale. E non aveva poi tutti i torti.



JE ME SOUVIENS...

Lakis Proguidis

Le jour de l'annonce de la mort de Jean-Jacques Sempé – dont les dessins humoristiques illustrent depuis 1998 L'Atelier du roman – Doris et moi étions en train de boucler le numéro de septembre. C'était une journée ensoleillée. Dans ma tristesse, un des premiers souvenirs à s'accaparer de mon esprit a été celui du « voyage à Naples » au mois de juin 2003.
Nous y sommes allés à l'initiative de Francesco Forlani pour présenter L'Atelier du roman dans le cadre de la réapparition de la revue Sud. Sempé a eu la gentillesse de nous confier cent vingt dessins originaux que nous avons exposés durant la présentation.
Ça n'a pas été le seul geste amical de Sempé envers L'Atelier. Il participait pleinement à la vie de la revue, à ses manifestations et à ses soirées arrosées. Par amitié, certes. Mais aussi, je pense, parce qu'il trouvait dans nos airs d'écrivains de la matière pour alimenter son rire. N'oublions pas que le monde du livre et de l'édition a été pour Sempé un de ses chers terrains pour exercer son humour inimitable, à la fois moqueur et tendre.
Je n'ai pas le temps de faire la vérification, mais j'ai l'impression qu'à partir des années 2010 le monde du livre est moins présent dans le champ humoristique de Sempé. Ce qui correspond au fait que depuis lors d'autres objets que les livres peuplent notre quotidienneté. Des objets de même propices que les livres pour faire le bonheur de Sempé. Comme en témoigne ce dessin sur l'une des dernières couvertures de L'Atelier du roman et sa légende :
– Allô, c'est moi. Tu ne peux pas imaginer la qualité du silence ici !
Tu ne peux pas t'imaginer ! Qu'est-ce que tu dis ?
Oui, d'accord rappelle-moi. Dis à Lucie qu'elle m'appelle et Solène aussi, qu'elle m'appelle. À tout à l'heure !



Dall'ultimo numero di Philosophie Magazine hors-série, autunno 2022, dedicato a Sempé (1932-2022)